

SARAH RUSELL



El verano
en que todo
CAMBIÓ

El verano
en que todo
CAMBIÓ

Primera edición.

El verano en que todo cambió.

©Sarah Rusell

©Abril, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

Dedicatoria

*A mis amores, mis Chicas de la Tribu.
Gracias por esos ratitos
que me hacéis desconectar del mundo,
por las risas que me sacáis a diario,
y por el apoyo en esta aventura.
Sarah Rusell.*

Prólogo



Amelia

Siempre que se le hace a un niño la pregunta de qué quiere ser de mayor, contestan cosas como policía, astronauta, piloto de aviones, enfermera, abogada, veterinaria...

Normalmente profesiones relacionadas con las que uno de sus padres, o ambos, desempeñaban, incluso familias enteras durante generaciones.

Lo mío era algo diferente a todo eso, diferente a lo que se dedicaban mis padres, ya que John, mi padre, era constructor, y Amelia, mi madre, la dueña de un exclusivo gimnasio de lujo.

Bueno, si lo veíamos desde la parte materna... mi sueño sí que estaba relacionado con el deporte, pero nada que ver con ser monitora de zumba, aquagym o spinning, para nada.

Mi sueño era, nada más y nada menos, que ser surfista.

En realidad, lo que quería era irme a hacer un curso intenso de surf durante dos meses al suroeste de Melbourne, donde vivía desde que nací.

Y no era un sueño de esos en plan, capricho, para nada, que el curso lo daba uno de los mejores profesionales de ese deporte.

Mis padres me habían prometido que, si acababa el segundo curso de la carrera de turismo que estaba estudiando, me pagarían el curso de surf y me dejarían ir.

Tampoco es que estuviera muy lejos, solo me iba de casa dos meses y a cien kilómetros, no a

Groenlandia, pero bueno.

Ahora, a mis veinte añitos, estaba deseando que me llevaran a ese lugar en el que podría subirme a una tabla y surcar las olas. Vale, eso con un poquito de paciencia que no iba a ser poner los pies en ella y sentirme como si fuera la reina del mambo, que yo surfear... no había surfeado en mi vida.

Cuando acabara la carrera quería recorrer el mundo, conocer todo aquello que me gustaba ver en revistas o fotos de Internet, aunque ya conocía Tailandia, Bali y Vietnam, pues mis padres eran muy aficionados también a viajar y me habían llevado a ver esos lugares.

Bueno, esos viajes fueron antes de que naciera Ruby, mi hermanita pequeña.

Ese angelito llegó a la familia de sorpresa, pero sorpresa total, que yo ya tenía quince años y mis padres ni la esperaban ni la habían buscado, aunque fue lo mejor que nos pasó a todos, las cosas como son.

Era mi niña, mi pequeña mini yo, y es que, a sus cinco años, me imitaba en todo lo que podía.

La tenía como a una hija, mi madre decía que solo me faltaba haberla parido, y así era, porque no dejaba ni que le soplara el aire en un ojo. Vamos, bonita era yo para mi Ruby.

La adoraba y, además, se parecía tanto a mí, que, si íbamos juntas por la calle, se quedaban mirándonos como si fuéramos madre e hija.

Las dos teníamos el cabello castaño, como nuestro padre, y ojos marrones, como nuestra madre, una mezcla de ambos, que se notara que cada uno había puesto su granito de arena a la hora de hacer a sus niñas.

En mi vida también estaba Zara, mi mejor amiga, esa que, con mi edad, era como una hermana tanto para mí como para Ruby.

Nuestras madres a veces decían que parecíamos siamesas, que nos costaba separarnos la una de la otra, y razón no les faltaba, desde luego, porque lo hacíamos todo juntas, bueno, salvo algunas cosas, obviamente.

Siempre estábamos estudiando juntas, nos ayudábamos en lo que no entendía la otra, apoyándonos en todo, consolándonos en los peores momentos de nuestra vida, siendo la una confidente de la otra, y vivíamos entre su casa, con sus padres, y la mía con los míos.

No había fin de semana que no nos acogieran a las dos en casa de una, como si fuéramos ambas hijas del matrimonio.

Y eso era lo que me daba la vida, poder compartir con mi mejor amiga todo lo que me ocurría.

Había llegado el verano, el final del curso en el que me había dejado la vista en los libros, las horas de sueño, los codos en la mesa y la mano entre apuntes y exámenes.

Pero, como todo en la vida, el esfuerzo siempre tiene su recompensa, y sabía que la mía estaba mucho más cerca de lo que imaginaba.

Desde luego, había merecido la pena esas noches que me quedaba estudiando en casa sin salir al cine, a cenar o bailar.

Esos fines de semana en casa de Zara, o en la mía, haciendo los exámenes que ella me preparaba durante la semana para ver cuántas preguntas contestaba correctamente y la nota que podría sacar.

Aprobé, por supuesto que acabé aprobando el curso y estaba más que dispuesta a afrontar esos dos meses que tenía por delante para hacer aquello que tanto me apetecía y con lo que soñaba desde hacía tiempo.

Quería subirme a una tabla de surf, dejar que el agua del mar me cubriera por completo mientras me sentía libre durante unos instantes.

Surcar las olas y que aquella sensación no se me olvidara jamás, vivir el momento, disfrutar de esa experiencia única en la vida y, aunque no llegara a ser una profesional, saber que valía para eso, que podía ser capaz de mantenerme en pie en una de esas tablas que flotan en el mar y no tener miedo.

Iba a echar de menos a mi hermanita, eso era lo que me había frenado un poco y que, a veces, me

replanteara el decirles a mis padres que no se preocuparan, que no iría al curso de surf, y es que desde que nació Ruby, mis veranos eran para ella.

Pero este era mi sueño, lo que me apetecía hacer ahora, siendo joven, valiente y con ese espíritu aventurero que mis padres no sabían de quién había heredado.

Había trabajado duro para conseguirlo, me había esforzado a máximo durante todo el año, y aquí estaba mi recompensa, la que mis padres habían prometido darme por mis excelentes notas, y la aprovecharía.

Subiría a una de esas tablas, dejando claro que nadie es quién para decirte lo que puedes o no hacer, lo que eres o no capaz de lograr, que, si tienes un sueño, debes luchar por alcanzarlo, sin que nada ni nadie te frene o te diga que no.

Tenía el verano por delante, quizás el más importante de mi vida, ese en el que estaría lejos de casa, de la protección de mis padres, viviendo una experiencia única, como si de un campamento de verano se tratara.

Dos meses, playa, sol, y una tabla de surf.

Soy Amy, y este es mi sueño.

Prólogo



Oliver

Cuando naces sin ser deseado y tu propia madre te abandona, creces sabiendo que algo no irá bien en tu vida.

Nunca supe quién era la mujer que me dio la vida, ni el hombre que la ayudó a ello, puesto que me dejó a mi suerte, entregándome en un centro de acogida.

Siendo mayor y consciente de aquello que me habían contado, podía haber ido al centro en el que estuve unos años, del que no tenía apenas recuerdos, pero, si esa mujer nunca me quiso, si se desprendió de mí prácticamente después de haberme parido, ¿para qué interesarme por ella?

Tal vez tendría sus motivos para hacer lo que hizo, quizás fui fruto de una relación que no deseaba, o que fuera tan joven como para no poder afrontar la maternidad.

Eran tantas las posibilidades, que a veces tenía esa duda de “y si hubiera preguntado por ella...”

O por el que fuera mi padre, que una mujer sola no es capaz de concebir, así que había existido esa otra parte en el asunto que lleva a que un niño nazca.

¿Quién fue ese hombre? ¿No quería a la mujer que dejó embarazada?

Tantas y tantas preguntas, para las que nunca tuve respuesta, porque no quise, no porque alguien me las negara.

Por muchos años que pasaran, nunca dejaría de preguntarme qué llevaba a una mujer a abandonar a un bebé, cuando un hijo es el mayor regalo que las personas pueden tener en la vida.

Estaba claro que, para ella, y para él, no había sido un regalo, pero con el tiempo, tal vez, llegara alguien que deseara darle ese amor que tenía dentro, el cariño, los abrazos y los besos que solo unos padres amorosos pueden entregar.

En ese centro pasaría muchos días de mi vida, como tantos otros niños que son abandonado y entregados a centros dónde pueden hacerse cargo de ellos, en ocasiones, hasta la mayoría de edad.

Dos años tenía cuando me adoptaron Max y Eva, un matrimonio con el que, pese a mi corta edad, empecé a saber lo que era el amor de los brazos de una madre.

Se dice que las desgracias suelen llegar juntas, y así fue también para mí. Eva murió cuando yo tenía solo cuatro años. Era pequeño, sí, pero volvía a vivir la experiencia de perder a una madre. Dos, en cuatro años.

Max nunca me falló desde entonces, siempre a mi lado, preocupándose de que no me faltara nada, haciendo de padre y madre a la vez.

Era esas dos versiones que todo niño necesita, y con él tuve el mayor amor que jamás imaginé.

Fue mi referente, el hombre al que quería parecerme cuando me hiciera mayor, no solo era padre, sino también un gran amigo para mí.

Le conté mi sueño, lo que me apasionaba y me gustaría hacer. Y él, lejos de querer que siguiera sus pasos, ya que era el jefe médico en una de las clínicas más importantes de Melbourne, me ayudó a que persiguiera aquello que tanto quería.

Abrir una escuela de surf en la playa, con alojamiento en cabañas, y poder crear allí mi propia tienda de ropa y accesorios destinados a ese deporte, y, además, con mi firma.

Lo conseguí, no sin esfuerzo, cinco años atrás, con treinta y, además, había ganado muchos premios internacionales de surf, había sido, y aún lo era, uno de los mejores surfers del mundo. No es que yo lo dijera, que no tenía el ego tan grande, era lo que se veía en prensa deportiva.

Los cursos que ofrecía, así como la tienda, iban viento en popa y Max, estaba orgulloso de mí, de

lo que había conseguido y de todo lo que me esforcé. Solía decir que no necesitaba demostrarle a nadie lo que valía, pero era yo quien quería demostrármelo a mí mismo, porque, cuando tu propia madre te abandona, ¿qué es lo que puedes pensar? Que ni siquiera valías para ser su hijo.

Vivía en la misma playa en la que tenía las cabañas y daba los cursos, en mi autocaravana, ese tesoro del que nunca me desprendería y que me daba esa paz que necesitaba. Tenía mi propia cabaña, pero era ahí donde solía pasar más tiempo.

Invertí dinero y tiempo en hacer mi propio acceso a esa parte de la playa en la que vivía, todo con los permisos municipales pertinentes, en ese trozo de playa que no era transitado y que me habían alquilado, así que, ahí mismo hice las cabañas dónde se alojarían los alumnos del curso. Cuando las hice, el ayuntamiento me hizo permisos de alquiler de cinco años renovables, ahora acababa de hacer esa primera renovación.

Impartía los cursos por hora cada tarde, de manera individual y cursos por la mañana para los que querían hacerlos intensivos y que se quedaban en períodos de una semana, un mes o dos meses, lo que cada uno quisiera.

Max me solía definir como un joven tímido, luchador, educado y con un corazón enorme, siempre había dicho eso de mí y yo solía reírme. ¿Tímido? Pues algo de razón llevaba.

De siempre había sido un gran amante de la naturaleza, por eso nunca me puso trabas a que viviera justo dónde más me gustaba, en esa playa.

Pero había algo en lo que debía darle a Max la razón absoluta, decía que tenía miedo a enamorarme, y así era. Pero, ¿cómo no tenerlo? Él se enamoró, quiso a Eva con toda su alma y la perdió. Yo no quería que eso me ocurriera a mí.

Por eso siempre lo evitaba, había tenido algunas relaciones esporádicas, pero me distanciaba de las chicas antes de que los sentimientos afloraran y fuera demasiado tarde.

Era libre, me sentía bien así y así quería seguir viviendo, en la playa, surcando las olas, viendo el amanecer del nuevo día desde esa caravana que era mi remanso de paz y trabajando en lo que más amaba.

El surf.

Capítulo 1



Estaba a un solo día de irme a la playa, a ese curso con el que llevaba fantaseando tanto tiempo y es que me encantaba todo lo que rodeaba el surf.

Ese día tenía los nervios metidos en el estómago y una sensación increíble por primera vez, pasar una temporada de forma independiente, dos meses que serían un chute de energía para luego comenzar el tercer curso universitario.

Me había comprado el último mes un montón de bañadores, ropas, chanclas, que poco las iba a usar porque iba a estar en la arena prácticamente viviendo, ropa interior y productos de aseo... Todo para estrenarlo ese verano en la playa, así que lo fui metiendo todo en mi maleta y colocando de forma ordenada, para eso, yo muy meticulosa, el orden era algo que formaba parte de mí.

Mi pequeña hermana Ruby, apareció con su muñeca entre las manos por mi cuarto.

—Cuando te eche de menos vendré a tu cuarto —dijo, sentándose sobre mi cama.

—Claro, pero también me puedes llamar, que voy a un curso de surf, pero tengo móvil, ¿eh? —Le hice cosquillas.

—Y mamá dice que iremos algún que otro fin de semana a pasar el día y verte.

—Por supuesto, enana, ¿cómo vais a estar tanto tiempo con esta ausencia? —pregunté señalándome a mí misma y le entró esa risilla tan bonita que tenía.

La agarré de la mano y salimos a desayunar a la terraza de casa, ya mis padres estaban ahí, lo que pasa es que me había levantado temprano y me dio por preparar la maleta.

La verdad es que a mis padres les inquietaba el hecho de pasar dos meses fuera, pero estaban contentísimos de que fuera a hacer algo que llevaba tanto tiempo esperando.

Ruby se pasó todo el desayuno triste, cabizbaja y es que esa pequeñaja era mi mini yo, todo el día detrás de mí y tenía un vínculo muy especial conmigo, yo también la iba a echar muchísimo de menos.

Yo le hacía burlas y cosas para sacarle una carcajada y lo conseguía, pero bueno, entendía que ella estaba en ese momento que era normal, se le iba su hermana, la única que tenía y por la que ella sentía devoción.

Mi madre no dejaba de cogerme la mano por encima de la mesa y acariciármela, sonreía y podía ver que ella estaba muy contenta de verme así.

—Ya sabes que en la tarjeta tienes dinero suficiente para ir tirando para comer y cualquier cosa que necesites, pero ahora te daré efectivo por si lo necesitas para otras cosas.

—Papá, pone que allí todo se puede pagar con tarjeta, tanto el bar, como la tienda, así que no hay problema.

—Bueno, por si acaso.

—Está bien —sonreí.

—Papá, cuando yo sea grande también me vas a dar dinerito, ¿verdad?

Nos tuvimos que echar a reír, las cosas de mi hermana eran así, quería copiar todo lo que a mí me pasaba o iba a hacer, era la más mona del mundo.

Después del desayuno me la llevé un rato al parque y le compré unas golosinas, quería pasar aquel día con ella y la verdad es que sabía que Ruby lo necesitaba, así que del parque donde jugó un rato mientras yo charlaba con mi amiga Zara, nos fuimos las tres a un restaurante de comida rápida a comernos un menú de hamburguesa.

Zara se estaba planteando hacer un curso de una semana, no dos meses, ella decía que no podría estar tanto tiempo en la playa, así que quedó en que se lo pensaría y en ese se inscribiría para una semana, eso si quedaba cupo, claro estaba.

Terminamos entrando en el cine, a una película de Disney que Ruby estaba deseando ver y es que ese día quería consentirla por completo. Yo, me ponía en su lugar y me habría gustado también tener una hermana mayor con la que compartir todo, que me hiciera caso y estuviera ahí para malcriarme, pero no, no la tuve, quince años de mi vida sin hermanos, eso sí, el cariño de mis padres lo cubrían todo y es que en eso había sido muy afortunada.

Esa tarde me despedí de Zara con un fuerte abrazo, además había quedado en que iría, si no a hacer el curso, a pasar un fin de semana a mi cabaña. Podía venir un acompañante a visitarme y alojarse, además, realmente yo había pagado la cabaña y podía meter a quién quisiera, igual que hacer lo que me diera la gana, una cosa era la cabaña, otra el curso por las mañanas y otra, que me vigilaran, cosa que nadie haría. Allí los alojamientos eran para los mayores de edad y no se iba a un campamento ni mucho menos.

Cenamos con mis padres mientras Ruby, les contaba lo que le había gustado de la película y que la quería volver a ver.

A mi hermana se la iba a llevar mis abuelos a su casa unos días, Peter y Candy, los padres de mi madre, ese adorable matrimonio que solo tenía ojos para sus nietas. La verdad es que siempre había sido su ojito derecho hasta que llegó Ruby, y como ellos decían, habían tenido que repartir sus ojos, uno para cada una, eso me hacía mucha gracia y es que lo habían dicho en innumerables ocasiones.

Mis abuelos tenían la costumbre desde que cumplí siete años de darme una paga mensual, con el transcurso de los años la fueron incrementando y todos los meses venían con el sobre y me hacían el regalo, eran de lo más adorables y se volcaban con nosotros un montón.

Dos días atrás habían venido a despedirse de mí y me dieron la paga de los dos siguientes meses, además de una extra por las vacaciones y calificaciones. Me los tenía que comer, en Navidades siempre hacían lo mismo.

Esa noche la pequeña me dijo que quería dormir conmigo, lo hacía de vez en cuando, por no decir

casi siempre y es que yo tenía una cama nido, sacábamos la de debajo y tan feliz que dormía a mi lado, cuando no lo hacía era porque se quedaba muy pronto dormida en el sofá del salón y entonces la cogía mi padre en brazos y la llevaba a su cama, pero si no era así, para mi cuarto que se venía del tirón.

Nos pusimos a charlar antes de dormir, me contaba los planes que tenía para ese verano y es que mis padres le habían prometido llevarla a un parque acuático y a varios sitios más.

Capítulo 2



Me desperté y aún estaba Ruby durmiendo plácidamente, daban ganas de comérsela a besos, pero me daba pena despertarla, estaba disfrutando de sus primeros días de vacaciones y no tener que levantarse con prisas. Así la dejé ahí un rato más y me fui a la cocina a prepararme un vaso de leche con cacao, mi vicio de cada día.

Salí a la terraza del jardín en el que estaba mi padre disfrutando de su primer café y de la prensa, le besé la mejilla y me senté a su lado.

—¿Nerviosa?

—Con ganas de vivir la experiencia —sonreí.

—Me parece genial, pues nada, en un ratito salimos hacia allá.

—Y mamá, ¿sigue durmiendo?

—Ya iba a ducharse.

—Ruby es un tronco, está durmiendo a ronquidos, vamos que se levanta la última —sonreí.

—Te va a echar mucho de menos.

—Lo sé, ya se encargó de repetírmelo tropecientas veces —volteé los ojos.

—La llevaré algún que otro fin de semana a verte.

—No esperaba menos de ustedes.

Mi madre llegó con el café en la mano y bromeando como siempre.

—No estoy preparada para ver a mi hija volar.

—Mamá, a mi edad me tuviste, así que relájate y entiende que...

—Si me apareces preñada me muero —se echó a reír y mi padre volteó los ojos, negando y riéndose.

—No, tan loca no estoy —resoplé.

—Tú has sido la mejor de nuestras locuras, pero créeme que en los tiempos que corren, es mejor disfrutar más y sacarte los estudios.

—Lo sé, mamá.

—Te quedan por vivir muchos amores, estás en edad de ello, pero bueno, que tú céntrate en estudiar, disfrutar y eso, deja a los hombres, no estoy tampoco preparada para ello.

—Tú no lo tienes que estar —contesté, haciendo a mi padre negar de nuevo.

La pequeña apareció con su osito de peluche y sonriendo, se puso a repartir besos de buenos días y se sentó a mi lado a tomar su batido de fresa, ese que no perdonaba ni un solo día, ella todo lo quería en rosa, hasta lo que se bebía, nos había salido muy cuqui la niña.

Recogí mis cosas y nos marchamos hacia el sudoeste, Ruby iba todo el camino jugueteando con mi mano y diciéndome en repetidas ocasiones que iba a dormir en mi cuarto, me la comí y es que sabía que estaba triste por saber que no estaría durante un tiempo a mi lado.

Llegamos hasta la playa, bueno, nos salimos de la carretera y nos metimos por un camino que llevaba hasta ella.

Los carteles de bienvenida en madera hechos a mano por ese carril me causaban un cosquilleo en

el estómago y cuando llegamos al terraplén dónde se veía todo, mi corazón dio un vuelco, aquello era lo más parecido a un paraíso.

Dónde dejamos el coche había una autocaravana que por lo que vi en las redes era de Oliver, el profesor de surf y propietario de todo aquello, tanto del bar-restaurante que había de madera en el terraplén, como de la tienda de surf, la escuela y las cabañas de madera de colores que había sobre la arena mirando al mar y era dónde me iba a alojar, en una de ellas.

Mi hermana lo miraba todo, asombrada y me hizo mucha gracia.

Fue bajarnos del coche y aparecer Oliver, yo lo había visto por fotos y había hablado con él por mensajes para informarme de todo, pero fue cuando nuestras miradas se cruzaron, que sentí un rubor impresionante.

Habló con mis padres explicándoles todo y nos acompañó hasta la cabaña donde había un sofá, un pequeño frigorífico, un armario, una mesa y la cama, poco más.

Los servicios eran en otra cabaña grande y compartidos.

A mi madre le gustó mucho el ambiente que se respiraba y es que todo el mundo que estaba allí amaba el deporte, como ella, que era la dueña de unos de los gimnasios más importantes de Australia y uno de lo más lujosos de Melbourne, dónde iba la gente de bien.

Me ayudaron a colocar todo y me colgué la llave sobre una cuerda en el cuello, luego los acompañé al coche, a Ruby se le saltaron las lágrimas cuando me abrazó y me dio una pena increíble, para mí era como una hija, la había criado yo también y claro, me partía el alma separarme de mi adorable bichillo.

Fui al restaurante y me pedí una hamburguesa con dos tipos de quesos, eran mi vicio y encima esta estaba espectacular.

Pronto una chica se me acercó que estaba en la otra mesa y se presentó.

—Hola, me llamo Jane, creo que, como yo, llegaste hoy.

—Hola, sí —sonreí—. Soy Amy. ¿Quieres sentarte aquí?

—Claro, cojo las cosas.

Se veía muy simpática, tenía dieciocho años y se había apuntado también al curso completo de verano, estaba nerviosa y emocionada, pero decía que ya al conocer a alguien se comenzaba a sentir mejor y es que era normal, a mí me pasaba lo mismo, ahora al menos la tendría a ella que se veía un sol de chica, además de simpática y guapa, era pura dulzura.

Tras la comida fuimos a hablar con Oliver, ya que, al lado de la cabaña de Jane, había dos libres y le preguntamos si era posible hacer un cambio para estar cerca de la otra.

Nos dijo que, por supuesto, que, aunque estaban asignadas, al no haber llegado aún la otra persona, la instalaría en la que yo tenía y se alegraba de que hubiéramos congeniado.

Jane, me ayudó a ir a por mis cosas para llevarlas a la contigua a ella, así que en nada hicimos el traspaso de todo y lo dejamos colocado.

Nos pasamos toda la tarde juntas, charlando y hablando de nuestras vidas. Ella me confesó que Eric, uno de los surferos que llevaba el bar y que era trabajador de Oliver, le había conseguido sacar los colores y que le encantaba.

Me eché a reír y le confesé que a mí me los había sacado Oliver, pero bueno, solo eso, era quince años mayor que yo.

—La edad no importa en el amor.

—No le haría ni puñetera gracia a mis padres, pero bueno, como si ese chico no tuviera otra cosa que hacer que fijarse en mí, con la de mujeres que pasan por aquí y a cada cual más bonita.

—Pues tú eres preciosa.

—Sí, ya... —me eché a reír nerviosa.

Por la noche cenamos en la puerta de las cabañas, ahí en una mesa de plástico con sillas que había, mirando al mar y encantadas de ese primer día en aquella aventura.

Capítulo 3



Escuché dos golpes en la puerta y llamarme por mi nombre, era Jane, así que me levanté y le abrí.

—Buenos días, ¿te han echado de la cama? —pregunté sonriendo.

—Buenos días, que va, me levanto temprano —sonreía—. ¿Vamos a desayunar?

—Claro, pero antes necesito pasar por los aseos.

—Sí, yo ya fui, la verdad es que lo mantienen todo muy limpio, allí está la chica que cuando sale alguien, ya está de nuevo limpiando.

—Sí, lo vi ayer, la verdad es que Oliver, tiene todo muy controlado.

—¡Ay ese Oliver! Que no te lo sacas de la cabeza.

—Calla, tonta —me reí y cogí las cosas para ir al aseo y desayunar, ella por supuesto, pegada a mi lado como una lapa, parecía que ya nos conocíamos de toda la vida y es que habíamos tenido una conexión muy fuerte desde el primer momento que se me presentó en la mesa el día anterior.

Fuimos a desayunar después de pasar por el baño y ahí estaba él, mirando al mar mientras tomaba su café y una tostada, al vernos nos sonrió y nos invitó a sentarnos, a mí temblaba todo y es que ese chico me imponía muchísimo.

—Entonces bien la primera noche, ¿no? —preguntó, mirándonos con esa media sonrisa.

—Sí, genial, una paz increíble —contestó Jane, mientras yo afirmaba, a mí no me salían las jodidas palabras.

—¿Preparadas para las dos primeras horas de clases de hoy?

—Sí y para morir entre las olas.

Nos echamos a reír al escucharla, tenía cada cosa... y lo más gracioso es que se parecía a mí en ese aspecto, sin embargo, tener frente por frente a ese chico, hacía que se me cortara hasta el habla.

Oliver no era muy hablador, pero su media sonrisa estaba permanente, se le veía atento, escuchaba a Jane y sus cosas, mientras me miraba con esa sonrisa de hacerle gracia lo que ella decía, pero me buscaba mucho con la mirada, quizás en un intento de ayudarme con la situación al ver que yo no hablaba.

Realmente no era así, yo era más bruta que todas las cosas, pero claro, él no lo sabía, se pensaba que era tímida y tal, nada que ver con la realidad, era él quién me hacía sentir así.

Se marchó para ir preparándolo todo, comenzaba con el primer turno que era de nueve a once, nosotras teníamos el segundo y último turno de los alojados, de once a una. Luego por la tarde daba las clases individuales, personas que iban a cursos privados de una a dos horas, según lo que contrataran.

Había diez cabañas a un lado y otras diez al otro, cada cabaña le dejaba mensualmente un pastón y es que estuvieras por el mes o por semanas, siempre estaban cubiertas, al menos los siguientes seis meses y es que eso se veía por la página web al reservar.

Luego lo que cobraba por los cursos, en fin, que ahí tenía un buen filón y le iba genial, todos querían aprender de él, pues tenía una fama que se había ganado con su profesionalidad.

Además, tenía la tienda de ropa y surf, esa de su propia marca que tenía aquí y que ya se vendía online a nivel internacional, una pasada.

Me quedé con una cara de boba increíble, hasta Jane, me bromeó sobre eso.

—¿Nunca has estado con un hombre mayor?

—No —me reí, el que más edad tenía, era dos años mayor que yo.

—Pues mira, puedes probar con este y así comparas.

—Sí hombre —reí—. Además, ¿tú crees que se iba a fijar en mí, con la de mujeres que hay aquí?

—Otra vez con la misma película de ayer, no te enteras, eres preciosa y podrías enamorar a cualquier hombre.

—Me mata mi padre, te juro que me mata.

—¿Por liarte con alguien mayor que tú?

—Mira, lo que pasa es que mi padre tiene diez años más que Oliver y mi madre cinco, entonces todos los de esa edad lo ven un mundo, yo sigo siendo para ellos una cría.

—Joder, cría tu hermana, que solo tiene cinco.

—Ya, pero mis padres a pesar de lo modernos y jóvenes que son, ese tema como que no, para ella todo el que sea ahora mismo mayor de veinticinco años, ya es muy viejo para mí y me podría hacer algo o aprovecharse de mí y demás. Tienen una obsesión increíble con eso, pero bueno, no sé qué hacemos hablando de esto, al final hasta voy a creer que puedo llegar a tener algo con él — miré hacia la orilla donde él estaba untando parafina en las tablas.

—Y yo con Eric, aquí nos tenemos que comer algo más que las olas —mordisqueó la tostada.

—Estás loca —me reí.

—Poco loca estoy para las cosas que se me pasan por la cabeza —decía haciendo un gesto de babear cuando Eric, nos trajo otra leche con cacao más a cada una. El chico hasta se rio al escucharla y creo que hasta lo captó como indirecta.

—Tía, blanco y en botella, te faltó comerle la boca.

—Pues mira que yo lo que estaba pensando era en cogerle los huevos, apretarlos y mirarlo fijamente diciéndole que eran míos.

Comencé a reírme una cosa mala, es que no podía parar, me lo había imaginado perfectamente cuando me lo dijo, la veía haciendo eso. La muy descarada, y eso que parecía tímida, anda qué bien que sabía disimular la jodida.

Desde ahí se podían ver a los primeros alumnos del anterior turno, algunos con el control perfecto y otros que no duraban en la tabla ni el tiempo de ponerse de pie, no me quería imaginarme así, todo el tiempo tragando agua.

Fuimos a la cabaña a prepararnos para ir a nuestra clase, aún faltaba un rato, pero así íbamos con tiempo.

La acompañé a su cabaña para dejar el móvil y cambiarse, luego ella me acompañó a la mía e hice lo mismo.

En ese momento me llamó mi madre por videollamada y le presenté a Jane, que se puso de lo más modosita y como si nunca hubiera roto un plato, así que mi madre ya estaba feliz de que tuviera una amiga allí para compartir esas vacaciones en la playa, cosa que yo también me sentía muy afortunada y es que llegar a un lugar extraño y sin conocer a nadie, es como que da cosita, pero bueno, ahí estaba con la que sabía que iba a ser una buena compañera de aventuras.

Capítulo 4



Cuando salieron los del primer turno nos dirigimos hacia dónde estaba Oliver, ese día éramos siete personas, nosotras dos y cinco chicos.

Les explicó las técnicas que tenían que hacer los tres que más sabían, luego a los dos que ya habían dado alguna que otra clase y ya se puso con nosotras a enseñarnos en la orilla algunas pautas esenciales antes de entrar al mar.

—Pero no será hoy cuando entréis —nos dijo sonriendo.

—¿Y qué nos vas a tener, aquí dos horas haciendo posturitas? —me reí al escuchar la pregunta de Jane y el arqueo de ceja de Oliver, que esbozó una sonrisa.

—Eso es, dos horas aprendiendo como tenéis que mantener el equilibrio mañana.

—Pues tú me dirás, algún premio nos tendrás que dar —se quejó mientras flexionaba las piernas y yo, no podía dejar de reír.

—Venga que lo estáis haciendo muy bien —me miró y me hizo un guiño y casi me da algo, por Dios, me acababa de terminar de enamorar.

—El premio, no te hagas el loco, profe.

—Esta noche os invito a un coctel sin alcohol.

—Pues no entiendo dónde está la gracia.

—En que el alcohol no es bueno si al día siguiente hay curso.

—Pero no está prohibido —se encogió de hombros—, además, tú eres el causante de que lo vendan, así que ya te pillé la primera contradicción —soltó la descarada de Jane, pero él se reía negando y me miraba con cara de que la que le quedaba por aguantar y no lo sabía bien el pobre.

—Se vende, pero cada uno es mayorcito de saber cuándo beberlo, tenéis un día libre a la semana en el que no hay curso, así que la noche anterior os podéis permitir el lujo de tomar una copita —hizo un carraspeo.

—Con una no tengo ni para comenzar, me beberé una copa de cada —dijo, buscándole la lengua.

—Luego lo pasarás mal.

—Bueno, pero que me quiten lo bailado —puso los dedos haciendo una uve, mientras flexionaba las rodillas como si estuviera surfeando.

—Menos mal que no sois las dos iguales —dijo riendo.

—Bueno, porque mi amiga no se soltó, pero deja que se suelte, te vamos a hacer pasar el más terrible verano de tu vida, vamos que no se te va a olvidar jamás.

La iba a matar como no se callara de una vez, me estaba dando las clases...

—Yo a ti te mato —le dije cuando Oliver nos dejó allí haciendo los ejercicios y se fue para seguir dándole indicaciones a los otros.

—Calla que a este lo pongo firme, en una semana lo tenemos más derecho que uno de una Guardia Real —sonreía en plan malilla.

—Tía, que nos va a coger manía.

—¿Qué dices? Anda que no te miraba buscando la complicidad.

—Tú estás medio loca, te lo digo yo.

—Más loco estará el pelucas por ti.

—No lo llames así —reí, volteando los ojos.

—En verdad no le dije más nada porque es tan mono, tan calladito, parece un jovencito perdido entre las mujeres.

—¿Qué dices? —me iba a dar algo de reírme.

—Ahora le voy a preguntar cómo se le da con las mujeres.

—Mira —le advertí con el dedo—, ni se te ocurra, que la tenemos, te lo digo ya. Por ahí no, vamos a comportarnos.

—Encima que nos tiene aquí haciendo las gilipollas, desde luego, que flojita eres.

—¿Gilipollas? —negué—. No nos va a dar la tabla y, ¡ale, a coger olas! Tendremos antes que saber cómo hacerlo —reí, por no darle con la tabla en la cabeza.

Oliver regresó y estuvo otro rato con nosotras en el que Jane, no dejaba de soltar cosas. La verdad es que era graciosa y nos sacó carcajadas, pero me daba pena por él, al pobre le estaba cayendo una increíble.

Cuando terminamos la clase, Jane se tiró en la arena como ahogándose, no paraba quieta, madre mía que manojito de nervios era.

Oliver le dio la mano para levantarla y casi se cae de boca, yo me quería morir, me fui para ella, la cogí por los pelos y se levantó.

—Ya me la llevo yo —dije, mientras protestaba Jane, rascándose la cabeza por el tirón que le había metido.

—Tranquila —murmuró sonriendo y mirándome con esos ojos que eran dos luceros para mi

corazón, tenía algo que me hacía quedar prendada a ellos.

Nos fuimos al restaurante y, claro, allí estaba Eric, otro que sabía que iba a cobrar ese día.

—Quiero, esto, esto y esto —señaló la carta.

—¿Y de postre, que viene con el menú?

—A ti, bombón —le soltó la muy descarada y yo, por poco me meto debajo de la mesa.

—A mí lo mismo —dije para que se fuera rápido.

—También te quiere de postre —soltó la jodida.

—No, no, digo que de comida lo mismo y de postre cualquier cosa —volteé los ojos.

—¿Flanes caseros? —preguntó riendo.

—Sí, de esos —dije antes de que ella siguiera diciendo nada.

—Pues listo —dijo anotándolo y marchándose.

La que me quedaba a mí con esa niña, aunque la verdad es que me hacía reír como una loca. A veces se pasaba, pero su tono y su forma irónica de decir las cosas, como que resultaba graciosa.

Estuvimos comiendo y Oliver, también estaba en otra mesa con unos chicos, quedábamos uno frente al otro, un poco apartados, pero lo suficiente para que de vez en cuando, nuestras miradas se cruzaran. Me hacía ruborizar de forma inminente.

Cada vez sentía que aquella mirada me estaba calando más fuerte, era como si sintiera por él, una atracción que rara vez sentía, a la vez que imaginaba como sería estar en los brazos de alguien como él y de la madurez que dan los años, como que me daba morbo, vaya.

Terminamos de comer y nos fuimos a descansar un rato, el calor era asfixiante y al menos en las

cabañas con el ventilador, como que se llevaba mejor.

Me eché sobre la cama cuando por fin me quedé sola para pensar, esos momentos en los que me encantaba soñar mientras estaba despierta y ahora mi motivo era él, ese chico que era capaz de hacerme sentir muy chiquita. Sentía que, a su lado, no tenía la capacidad de nada y no porque me volviera poca cosa como persona, sino como que era incapaz de sacar el desparpajo y la mujerona que había en mí, a pesar de mi edad.

Era atrapante, era un hombre con una mirada que traspasaba todo, era alguien que deseaba por momentos y es que, si tuviera la posibilidad de tener algo con él, ni me lo pensaría.

Capítulo 5



Llevaba un rato despierta y con la puerta entreabierta, cuando apareció Jane contándome que Eric, fue a llevarle un zumo a su cabaña, no me lo podía creer, al final se iba a salir con la suya.

Me contaba que estuvo un rato hablando con él, antes de que se fuera a surfear, además le había dicho que al día siguiente llegaban dos cabañas, una grande para él, su compañero de bar y el chico de la tienda, los tres en la misma y otra más pequeña para Oliver, este las había comprado.

Empezaron solo los veranos y ya estaban todo el año, así que necesitaban hacer el lugar más confortable y tener sus propios baños, cocina, salón y dormitorios. Una casa, en definitiva, pero de madera.

Fuimos al restaurante y nos pedimos unos sándwiches, era temprano, apenas estaba cayendo el sol, pero teníamos un hambre impresionante. Desde ahí le hice una videollamada a mi pequeña princesa que se puso muy feliz al ver a su hermana tras la pantalla.

Jane no dejaba de buscarle la lengua y ella se reía diciendo que en unos días vendría a vernos y nos traería una bolsa de chuches. Mi amiga le aplaudía emocionada con lo cual, ella se ponía más contenta.

Luego saludamos a mis padres que lucían felices de vernos ahí, tranquilas, disfrutando de la experiencia, obviando que ya mi amiga la había comenzado a liar un poquito.

Colgamos y nos echamos a reír.

Eric se acercó a nosotras, esa noche libraba, cada noche trabajaba uno de los dos que había ahí, por las mañanas sí que lo hacían ambos, el otro chico se llamaba James.

—Las dos mujeres más bonitas de toda esta playa —dijo, sentándose.

—Las dos únicas que hay, los demás son todo chicos —contestó Jane y sonreí, además de verdad, éramos las dos únicas chicas, por ahora, de los intensivos.

—Bueno, pero hasta cuando se llena de mujeres, ustedes sois las más guapas —anda que no era zalamero ni nada.

—Más te vale que pienses así... —le advirtió la descarada.

—Así me gusta, que impongas.

La leche, anda que no se las sabía Eric, pronto se había dejado conquistar por mi amiga, al menos lo parecía.

Terminamos de cenar y dijeron de ir a dar un paseo, pero yo les dije que me apetecía quedarme sentada en la cabaña relajada, además, dejaba la puerta abierta y escuchaba el mar.

Me fui para allá después de lavarme los dientes y me puse una camiseta larga de camión, salí a sentarme en el escalón de la entrada y ni dos minutos pasaron, cuando vi a Oliver, que venía hacia mí.

—Buenas noches, ¿qué tal estás?

—Bien —sonreí.

—¿Te abandonó la terremoto? —me tuve que reír cuando la nombró así.

—Se fue con Eric, a pasear por la playa.

—Los vi. ¿No te apetecía?

—No, prefiero estar aquí relajada, la noche es preciosa.

—Sí —se sentó a un lado de mí, pero en la arena.

—¿Te están gustando tus primeros días aquí?

—Sí, esto te carga de energía y da una paz increíble, a mí me encanta la playa y la naturaleza.

—En ese sentido eres como yo —dijo, causando que me ruborizara con su manera de mirarme—. Mañana nos traen las cabañas, ya me apetecía tener una.

—Sí, me enteré, la verdad es que vas a estar muy cómodo.

—En la caravana lo estoy, pero bueno, es tan reducido que sí, ya es hora de tener mi techo. Y, ¿cómo es que te dio por coger el curso más intenso?

—Tenía ganas de vivir un verano diferente e independizarme un poco, aunque en casa de mis padres estoy genial.

—Son muy jóvenes, me llamó mucho la atención.

—Sí.

—Y encima tienes una hermana con mucha diferencia de edad.

—Sí, sí —reí—. Es como si fuese mi hija, es mi sombra.

—Me di cuenta. Debe de ser muy divertido.

—¿Tú no tienes hijos? —pregunté y luego pensé, pero ya lo había soltado.

—No —sonrió y miró hacia la arena—. Ni hijos ni mujer, creo que nací para ser libre.

—Eso nunca se sabe, eres muy joven.

—Bueno, casi te duplico la edad.

—Pero eres joven.

—No sé, soy feliz así, creo que ninguna mujer aguantaría llevar este estilo de vida y esto es lo que quiero.

—Ya, pero nunca se sabe...

—Bueno. ¿Quieres conocer a mi única mujer? —preguntó, levantándose y tendiéndome la mano para que me levantara.

—A ver con qué me sorprendes —me levanté y él cerró la puerta de mi cabaña, yo llevaba la llave colgada al pecho.

Fuimos hasta su autocaravana, me encantó, era preciosa, muy organizada y limpia, se veía que la cuidaba mucho, tenía el espacio de la cama, una mini cocina, un sofá con una tele y el baño.

—Me encanta, es preciosa.

—Mira esto —abrió la pared del dormitorio que eran dos puertas de la parte de atrás y quedaba de frente el mar, era una pasada.

—Wow, desde la cama mirando al mar, como en la cabaña, pero aquí en las alturas, me encanta.

—Ven —se acostó bocabajo mirando hacia el agua y yo hice lo mismo, en su cama, así, sin previo aviso.

Nos pusimos a charlar y la verdad es que se le veía una nobleza, un buen rollo y una forma de ser preciosa, nada de aparentar querer ligar conmigo y por eso haberme llevado hasta ahí, todo lo contrario, era muy respetuoso.

Estuvimos una hora allí, hablando, riendo, contándome un poco de su vida... En ese lugar que le daba la libertad y que necesitaba en su vida, se veía que era una persona tranquila, con unos valores buenísimos y una educación exquisita.

Luego me acompañó a la cabaña y nos despedimos hasta la mañana siguiente en la que tendríamos el curso.

Me acosté con una cara de niña tonta que no podía con ella, la verdad es que me sentía como la que había pasado el momento más romántico con el amor de su vida, algo así debía ser, pero yo estaba alucinando, feliz por esa primera toma de contacto a solas y más personal. Se veía que yo le caía bien y eso me tranquilizaba.

No podía ni dormir de lo nerviosa que estaba y me puse a mensajearme con Zara, contándole todo y ella feliz, diciéndome que aprovechara ese verano y me lo comiera a él. La capulla encima me animaba, como si ya no lo estuviera, vamos que dé ser por mí, me habría besado con aquel chico aquella misma noche.

Capítulo 6



Jane apareció por mi cabaña cuando me estaba levantando, no tardó en entrar mientras me cambiaba y contarme que se había liado con Eric y que le molaba un montón.

—Joder, qué rapidez —murmuré riendo.

—¿A qué espero? ¿A que se pase el verano y después lamentarme? No, por supuesto que no, lo voy a aprovechar al máximo y ese hombre será para mí cada día, esta noche va a venir a ver una peli conmigo a la cabaña —ella también se había llevado el portátil, ya que allí había Wifi.

—Bueno, si os gustáis hacéis bien, la verdad es que nada os lo impide —sonreí.

—¿Y tú, te acostaste pronto?

Le conté que había venido Oliver y que nos fuimos a su caravana, comenzó a decirme que me debería de haber lanzado.

—Ni muerta, no podría hacer eso, además, lo mismo ni le gusto.

—Sí hombre, y te llevó a mirar el mar a su cama —volteó los ojos, resoplando.

—No te hagas un mundo de dónde no lo hay —le hice un gesto para que saliéramos y cerré.

Fui a asearme y de allí nos fuimos a desayunar. Eric, vino con el desayuno del tirón, ni siquiera preguntó, ya sabía que queríamos.

—Para las mujeres más guapas de la playa, a esto os invita el jefe —señaló a la mesa dónde estaba él y lo saludamos con la mano, yo de nuevo estaba roja como un tomate.

—Ese tipo nos está cogiendo cariño —dijo en alto Jane, causando una risa en Eric y en mí.

Me quería morir, ahora nos invitaba a un desayuno. ¿Se podía ser mejor persona que él?

Nuestras miradas se cruzaban a ratos e incluso me sonreía y yo le devolvía la sonrisa.

Luego se marchó para dar la primera clase y en la siguiente iríamos nosotras.

Jane, no paraba de buscarme la lengua a mí y a Eric, cuando aparecía por la mesa, le decía que ya había localizado una peli porno y él decía que esa era la mejor temática, le seguía mucho las bromas.

Casi le da algo cuando le confesé que jamás me había acostado con nadie.

—Pero te abran tocado por las entrepiernas.

—Solo el pecho —me reí.

—No me dirás que tú tampoco...

—Sí, hija, no soy monja, solo que aún no llegó el tío con el que no me importaría acostarme, bueno, hasta ahora —dije mirando hacia el mar y viendo a Oliver.

—Y ahora llegó y es el momento...

—Bueno eso de que es el momento... No te embales que no hay razón para pensar que puede suceder.

—Lo de ayer fue una razón.

—No, lo de ayer fue un acercamiento de dos personas que van a tener que convivir dos meses en el mismo entorno, y que mejor manera que llevarse bien y charlar.

—Sí claro y yo soy tonta y me chupo el dedo.

—Bueno, deja ya de presuponer, que te montas unas novelas en la cabeza —me reí.

—Ya veremos dónde terminan mis novelas, que como dice mi madre, a bruja no hay quién me gane.

—Pero de las de escoba —me reí.

Estuvimos relajadamente hasta que nos fuimos para el curso. Oliver no dejaba de sonreír y mirarme, yo me sentía de lo más avergonzada y mi amiga no dejaba de buscarnos la lengua, yo la iba a matar. De esta, la mataba y remataba.

Y, para colmo, nos tocaba entrar al agua, primero yo, sí, suerte la mía, iba temblando como un flan.

Me dijo qué tenía que hacer, me ayudó a poner en posición y cuando vino la ola ahí fue que la cogí y llegué hasta la orilla, sí, llegué. Jamás pensé que lo haría a la primera, creía que me iba a caer del tirón y no, llegué de lo más emocionada y con la adrenalina a mil.

Salió hacia afuera, aplaudiendo y diciéndome lo bien que lo había hecho, que mejor que muchos chicos con doce clases, eso me subió la autoestima un montón.

Luego le toco a Jane, yo me quedé fuera mirándolos, nada, la primera ola y se cayó antes de que llegara, yo no podía dejar de reírme viendo los chillidos que ella metía desde el agua y que se le podía escuchar mientras Oliver negaba diciéndole que, a intentarlo de nuevo. Bendita paciencia tenía el pobre...

Después de muchos intentos logró avanzar un poco y este la animó diciendo que, algo era algo y que, poquito a poquito.

Luego se fue con los chicos y nos dejó descansar un poco, hasta que volvió y nos hizo entrar a la vez, él, en medio e indicándonos y allá que fuimos y casi llegamos a la orilla, pero no, nos caímos después de aguantar un poco, aunque él nos aplaudió, tenía afán de ponernos contentas, oye.

Al final, si con algo claro terminamos las clases, es que al menos nos manteníamos de pie sobre la tabla.

Nos fuimos a secarnos y cambiarnos para irnos a comer, eso de estar en el agua como que daba mucha hambre.

Durante la comida ya quedaron Eric y ella, en que se verían a las siete en la cabaña, él tenía libre ese día, había llegado a un acuerdo con James y en vez de un día cada uno libre, lo harían de tres en tres.

Me dijeron que fuera con ellos y les dije que no que me apetecía, que corriera el aire, se rieron.

Estuvimos comiendo relajadamente. Oliver, estaba en otra mesa, de nuevo esas miradas...

Nos marchamos de allí para descansar, me despedí de ella hasta el día siguiente y le dije que se lo pasara muy bien, por su cara entendí que esta iba a por todas.

Ella era una chica sin prejuicios, muy liberal y muy vividora, eso sí, sin hacer daño a nadie y, además, muy divertida, tenía un sentido del humor muy fuerte.

Llamé a mis padres y me dijeron que en unos días vendrían a verme. La verdad es que me hacía ilusión pasar unas horas con ellos y con mi pequeñaja, esa a la que tanto echaba de menos y que ahora tenía en la pantalla, enseñándome las bolsas de chuches que tenía para traernos a Jane y a mí. Me puse a hacerme la emocionada y ella reía feliz.

Tras la charla me recosté para dormir un rato y entonces de nuevo Oliver en mi cabeza, ese chico que con cada sonrisa me hacía enamorarme más de él. Además de ese físico impresionante que tenía, la verdad es que me había lanzado una flecha sin dudas el señor Cupido.

Capítulo 7



Me levanté y había escuchado la puerta de la cabaña de Jane, además se les escuchaba esos murmullos de estar charlando, así que ya estaban los dos juntos ahí para ver esa “película” que yo pensaba que no iban a terminar de ver.

Fui a ducharme y cambiarme de ropa, me puse un vestido negro y ancho de manga corta, hasta la rodilla.

Vi que ya habían traído las dos cabañas y eran preciosas, sonreí imaginándome en la pequeña con Oliver.

Me estiré el pelo y me hice un moño, me puse un poco de rímel y lista, fui a dejar todo a la cabaña e irme a cenar relajadamente al bar.

Me senté y ni un minuto después apareció Oliver, me preguntó si estaba sola y al decirle que sí, se sentó y me miró.

—Pues ya no —sonrió.

—Genial —le devolví la sonrisa.

—Ya tienes la cabaña —sonreí.

—Sí, luego te la enseño —miramos a James y lo saludamos, los dos pedimos una crema de langosta y una ensalada.

Me encantaba la forma de hablar bajita y tranquila que tenía, además, la cena la eligió él, diciéndome que tenía que probar ambas cosas.

—¿Sabes que mañana no se puede dar el curso?

—No, no lo sabía.

—Acabo de dejaros en todas las cabañas la notificación por debajo de la puerta. Hay una marejada importante y es peligroso, así que cambiamos el día libre por el de mañana para quién lo quiera recuperar.

—Perfecto.

—¿Así que Eric y tu amiga están viendo una peli?

—Sí —me eché a reír.

—Son tal para cuál, te lo digo yo que lo conozco a él y es muy Jane, tiene cada cosa...

—Sí, le voy pillando los puntos a Eric y los dos son telita de cortar —sonreí a pesar de que estaba con esa rojez en mis mejillas y que me estaba matando ¿Por qué me sentía tan exageradamente así?

Hubo varios momentos de silencio mientras cenábamos, pero es que aquel lugar y entorno invitaban a ello, a lo que había que añadirle lo que ese chico me hacía sentir, bueno chico, a mi lado era un hombre, pero vaya hombre y vaya forma de atraparme, me tenía en babia.

Me pidió disculpas por un momento y me dijo que ahora venía, le habían avisado que habían llegado unos portes de la tienda y fue a abrir, pues ya estaba cerrada, para que las dejaran ahí.

Yo me quedé mirando al mar, pensando en que los días se me pasaban volando y que cuando menos me diera cuenta, todo habría terminado y yo me preguntaba en que punto estaría en ese momento.

En ese momento me llamó mi madre y hablé un poco con ella, luego me paso a Ruby, que me contaba que al día siguiente iban a ir al parque acuático y que se lo iba a pasar genial allí, así que

estaba de lo más emocionada y feliz, además, me decía que en nada iban a venir también a verme y que nos tenía guardada la bolsa de chuches.

Eric apareció por dos hamburguesas, me saludó y me dijo que la “floja” de mi amiga se había quedado en la cabaña, me tuve que echar a reír, la llamó jeta con todo el salero y se quedó tan pancho.

Un rato después apareció Oliver y terminó de cenar mientras charlábamos, luego nos tomamos una copa helada, la cena me la invitó y no me dejó discutirle, la verdad es que era un hombre muy generoso.

El helado era casero y estaba de muerte, la verdad es que los chicos cocinaban muy bien y siempre uno andaba en cocina y otro atendiendo, aunque por las mañanas dejaban casi todo preparado y hecho.

Oliver era el jefe, pero no se metía en nada, se veía que tenía la confianza puesta en el trabajo que hacían los chicos y eso imaginaba que era porque se lo habían ganado, la verdad es que había un buen rollo increíble.

Fuimos a su cabaña y me quedé con cara de tonta al verla, era preciosa, la cocina en madera de color verde claro y vintage, una preciosidad con esas ventanas mirando al mar, al igual que su habitación que estaba al otro lado, en el otro, el baño y enfrente un salón cuadrado y grande con un sofá esquinero, una mesa y la tele, estaba genial aquel lugar.

Tenía todo amueblado, solo estaba a expensas de, al día siguiente traer las cosas, aunque decía que no todas, que muchos momentos lo pasaría en su autocaravana.

Luego lo acompañé a la tienda a colocar todo lo que le habían traído, le quise echar el cable y la verdad es que me apetecía estar junto a él, me encantaban esas charlas y ratos que pasaba a su lado. A la vez de ponerme roja como un tomate, sentía una paz increíble, era de esas personas que daban mucha buena vibra.

Terminamos en quince minutos y nos fuimos de nuevo al bar donde nos tomamos una copa de Licor 43 con zumo de piña, estaba riquísima y además no podía tener mejor compañía que esa, vamos que me había venido de lujo que Jane, se quedara en la cabaña con Eric.

Mientras charlábamos me dijo que, si quería, podía irme con él a la autocaravana, a ver el mar desde la altura. Me hizo gracia y le dije que, vale, ni lo dudé, vamos que se quedaría alucinado de la rapidez con que le había contestado.

Nos quedamos ahí un poquito más y yo no dejaba de darle vueltas a la cabeza de si es que le apetecía mi compañía, o al ser la única chica junto a Jane, le daba cosa verme sola. Solo esperaba que fuera la primera, no quería pensar que fuera por quedar bien o por su forma de ser. ¡Anda qué no me estaba montando pajaritos en mi cabeza!

Fui un momento a la habitación a por un fular que yo llevaba para esas noches, hacía un poco de fresco y si íbamos a estar a puertas abiertas quería taparme con algo, no era plan de meterme bajo sus sábanas, que oye, no me importaría, aunque me diera una vergüenza brutal.

Salí de la cabaña y venía para darme el encuentro, él se había quedado hablando con James, que estaba en la barra, pero vino por mí, cosa que también me pareció un gesto de lo más bonito por su parte, la verdad es que era muy atento.

Capítulo 8



Llegamos a su caravana, nos tiramos bocabajo mirando al mar y noté que hoy me miraba con más intensidad que el día anterior.

Me hablaba sobre las sensaciones que había tenido en muchos momentos en esa playa y que cada día para él, era como uno único y diferente.

Y fue en un momento en el que no me lo esperaba y que estábamos mirándonos el uno al otro, echó un mechón de mi pelo por detrás de mi oreja y me miró fijamente.

—No debo hacerlo, pero es que no puedo... —Se acercó y comenzó a besarme sin terminar de murmurar esa frase.

Me besó con delicadeza, pegándose a mí y acariciando mi cabeza mientras seguíamos ahí tumbados, yo casi me quedé sin aire.

—¿Estás temblando?

—Me entró frío —sonreí por no decirle que me tenía la piel de gallina.

Se levantó un poco y cerró las puertas, dejándome en esa habitación pequeña donde ahora todo se veía más íntimo, más personal, más diferente.

—¿Mejor? —preguntó, echándose de nuevo y pasando su mano sobre mi cintura.

—Sí, gracias —sonreí ruborizada.

—Te juro que he intentado que esto no pasara, pero es que desde que te vi... —Volvió a hacerse

un silencio y me besó, parecía que esa noche no iba a terminar ni una sola frase.

—Seguro que has metido aquí a muchas —bromeé y como siempre me arrepentí de decirlo.

—No, te equivocas, aquí en la playa no estuve con ninguna, no soy del que va buscando un rollo y esas cosas, pero reconozco que me atrajiste mucho desde que te vi llegar con tus padres. Lo he pensado, eres muy joven y esto es una locura, pero no puedo evitarlo —acariciaba mi espalda mientras esta vez, sí que terminaba la frase.

—Yo mejor no digo nada —sonreí y me escondí en su pecho, momento que aprovechó para besar mi cabeza.

Y es que yo sí que no me había metido jamás en la cama de nadie y ahora estaba ahí, con ese hombre que me llevaba un mundo de ventaja y dejándome llevar por algo que me nacía desde el interior. Me quería morir de la vergüenza, pero quería que fuera ahí con él.

Me agarró y me puso encima de él, entre sus piernas, seguimos besándonos en silencio y se despojó de mi vestido, no me opuse, era la primera vez que me quedaba así ante alguien, como dije, me habían tocado el pecho, pero siempre por encima de la ropa.

Se deshizo de mi sujetador, me echó hacia atrás y me dejó caer sobre la cama, comenzó a lamer mis pechos y yo cerré los ojos dejándome llevar mientras le acariciaba el pelo, no quería que parara, no sería yo quién le dijera que lo hiciera.

Luego se deshizo de mi braguita y pasó su mano por mi entrepierna, mientras no dejaba de besarme. Solté el aire de la excitación que me estaba entrando y fue cuando noté que me penetró con sus dedos.

Me daba a mí que él, se pensaba que yo lo había hecho en muchas ocasiones, lo que no se podía imaginar es que no había sido en ninguna, pero eso que más daba, yo quería disfrutar del momento y sabía que él y aquel lugar, era todo lo que yo había esperado para mi primera vez.

Algo me incomodaba con esas penetraciones de dedos, pero a la vez me iba gustando esa sensación y, sobre todo, cuando con su dedo pulgar iba a la vez estimulándome el clítoris.

Llegué al orgasmo entre jadeos y como una campeona, como si aquello no fuera nuevo para mí y es que no quería sentirme una niña a su lado, aunque lo era, obvio que sí.

Y luego se puso un preservativo y se colocó entre mis piernas, me fue penetrando y yo pensaba que me iba a partir en dos, me agarré a las sábanas con fuerzas para disimular. Aguanté esos primeros momentos que fueron un poco incómodos y que me dolían, pero luego se fueron pasando y disfruté mirándolo a los ojos, aunque muy avergonzada.

Me pidió que no me vistiera y se fue al baño, luego regreso, se echó a mi lado y nos tapamos con las sábanas.

—Quiero que te quedes aquí esta noche... —murmuró, echándome sobre su pecho.

No respondí, pero me pareció el mejor de los ofrecimientos y es que no podía estar en mejor lugar que en sus brazos.

Nos volvimos a comenzar a besar y de nuevo sus manos acariciaban mi cuerpo, apretaban mis pechos y jugueteaban con ellos.

—Me encanta la ternura que me transmites —murmuró, dándome unos besos cortos.

—En el fondo estoy de lo más avergonzada.

—Me doy cuenta por el rubor de tus mejillas —me dio otro beso—. Has estado con pocos hombres en la cama, ¿verdad?

—Con ninguno —murmuré, escondiéndome en su pecho.

—Amy... —Paró de golpe y levantó mi cara con sus manos—. ¿Nunca te has acostado con nadie?

—No —murmuré aguantando la sonrisa.

—Te juro que se me acaba de bajar la tensión —me echó a su pecho y besó mi mejilla—. Me lo deberías de haber dicho, hubiera actuado de otra manera...

—No lo entiendo, pasó como tenía que pasar.

—Pero tú...

—Yo estoy bien, de verdad, tampoco es tan malo como lo pintan —me reí.

—Pero me siento mal —frunció la cara y me hizo gracia.

—No, de verdad que no, a mí me apetecía estar contigo, te lo prometo, me gustó que fuera así, con naturalidad.

—Ahora me da miedo tocarte —dijo cogiendo mi cara con sus dos manos y dándome un montón de besos.

—No, no digas eso, verás que al final me echas de la autocaravana —me reí.

—Por supuesto que no —me abrazó y me echó en él—, pero me has dejado en shock, Amy, me has dejado en shock —me acariciaba.

Y no sé si fue eso lo que lo frenó a volver a hacerlo aquella noche, pero seguimos con las caricias, los besos, charlando, era muy cuidadoso, tenía una parte tierna y otra muy madura en la que me sentía muy cuidada en sus brazos.

Me acordé de mis padres, si me vieran o supieran esto les daba un chungo, me sacarían de aquí de cabeza sin dudas, vamos eso lo tenía más claro que todas las cosas, pero como no tenían por qué enterarse, ese disgusto que se ahorran y no sería yo quién se lo contara, no me la iba a jugar ni de bromas, me moría si tenía que volver a casa en estos momentos.

Capítulo 9



Notaba el brazo de Oliver alrededor de mi cintura y su cálido aliento rozándome el cuello.

Yo era virgen, sí, hasta la noche anterior lo había sido, pero sabía por Zara, lo que se sentía al despertarse en los brazos de un hombre.

No era ni la mitad de bueno de lo que mi amiga me había contado, vamos, ni por asomo, yo estaba en la gloria. Con los ojos aún cerrados, eso sí, y sin moverme, no fuera a despertarlo y me mandara a la mierda.

Y es que tal vez fuera eso lo que pasara, que, una vez que me había metido bajo sus sábanas, me diera la patada y, a otra cosa, mariposa.

Abrí los ojos y los primeros rayos del sol entraban por la ventaba, apenas estaba amaneciendo y no pude evitar moverme, muy despacio, eso sí, y colocarme en la posición perfecta para ver ese cielo del nuevo día.

—Buenos días —lo escuché, mientras notaba que me acariciaba la espalda, seguía desnuda, pues así me había quedado la noche anterior, igual que él.

—Buenos días —sonreí al mirarlo y, como atraída por un imán, me incliné para besarle los labios.

No debería haberlo hecho, lo sabía, pero en ese momento era lo que me pedía el cuerpo, y no iba a negármelo.

—Qué buena manera de empezar el día —rio, entonces me cogió por la cintura y, mientras se giraba, me colocó sobre él—. Quiero otro, ese me ha sabido a poco.

—¿Otro?

—Sí —puso hasta cara de niño bueno, como si no hubiera roto un plato en su vida.

Me eché a reír, hundí los dedos en su melena y jugueteé con ella mientras me inclinaba de nuevo, para darle otro beso, corto y rápido, como el anterior.

—Otro.

—Huy, qué exigente te has despertado.

—Mi beso —se señaló los labios con el dedo y volvió a dejar la mano en mi espalda.

Y lo besé, por supuesto que lo hice.

Y ese beso llevó a otro, y a otro, y a unos cuantos más, mientras nuestras manos tocaban el cuerpo del otro a su antojo.

Acabamos haciéndolo de nuevo, incluso esta vez Oliver, fue algo más prudente y delicado.

—No me voy a romper, ¿eh? —dije, cuando volvió del cuarto de baño.

—Lo sé, pero no quiero ser brusco.

—Depende de lo que entiendas tú por brusco. Que, porque me cojas y me lo hagas con un poquito de ímpetu en el asunto, no me voy a partir.

Soltó una carcajada, me besó y susurró que le encantaba. Pues mira qué bien, ya éramos dos. Porque él a mí, me súper encantaba.

Ese día no teníamos clases, así que ahí nos quedamos, en su autocaravana toda la mañana.

Me preparó un desayuno que, porque le dije que parara, si no, me habría comido media docena de

tortitas, en vez de dos, además del zumo, el café y un poco de fruta troceada que puso.

Cuando salí de la ducha me dejó una camiseta suya para que estuviera cómoda, nos tumbamos en la cama y contemplamos el mar.

—No me extraña que te guste este lugar, eres un privilegiado. Con estas vistas, yo no querría mudarme a otro sitio.

—Me gusta estar aquí, tranquilo y en mi espacio. Cuando vi este rincón, me enamoré y dije “aquí te quedas, Oliver”. Y aquí estoy —se encogió de hombros.

—La verdad es que es un rincón maravilloso.

—Quédate a comer, quiero que pases el día conmigo —dijo, volviendo a colocarme sobre él.

—Me voy a ir a comer con Jane, que, si no me encuentra en la cabaña, igual piensa que me han secuestrado.

Nos echamos a reír, pero es que a mi amiga la veíamos capaz de eso, incluso me la imaginaba gritando mi nombre por toda la playa y buscándome desesperada.

—¿Cenamos, entonces?

—Vale, nos vemos en el bar —lo besé y, con todo el dolor de mi corazón, me levanté para vestirme e irme a mi cabaña.

Oliver me acompañó a la puerta, me dio un último beso y cuando salía, noté un leve azote en el culo.

—¡Ay! —protesté, frotándome.

—¿Qué ha pasado? —Se hizo el tonto, vamos.

—No disimules, anda, que lo sabes bien. Eso pica, ¿eh? La ropa es muy fina —le señalé con el

dedo.

—Se me fue sola, yo creo que es como un imán, que me atrae y no puedo negarme —se encogió de hombros y sé fue riendo.

Entré en la cabaña, me cambié de ropa y fui a la de Jane, dos golpecitos y ahí estaba ella, abriéndome mientras se hacía una coleta.

—¿Comemos, señorita? —pregunté, con una sonrisa.

—Huy, tú estás muy contenta... —Cerró la puerta y volvió a mirarme, como si buscara algo—
¡Ay, mi madre!

—¿Qué pasa?

—No, no. Pregunta errónea. ¿Dónde has pasado la noche?

¿Qué me había notado para preguntar eso? No lo entendía, la verdad.

—Confiesa, aunque ya lo intuyo —sonrió.

—Pues, si estás en pensando en cierta autocaravana, sí.

—¡Lo sabía! Os habéis liado.

—Ya no soy la inocente y virginal Amy. ¿Contenta?

—Mira qué bien. Pues eso se merece un chupito después de comer —soltó, con una carcajada dando palmadas.

Comimos, le conté lo que había pasado sin dar muchos detalles y dijo que había notado la química que teníamos.

Por mucho que ambos nos resistiéramos, aquello acabaría pasando.

Tras la comida dimos un corto paseo por la playa, fuimos a su cabaña a ver una peli comiendo unas palomitas que le había pedido a Eric, y antes de la cena, me marché a la mía para cambiarme.

Le había dicho a Jane, que Oliver quería que cenara con él, así que esa noche ella se quedaría en su cabaña tomando algo rápido.

Fui al bar y ahí estaba el rubio, en la barra tomando una copa. En cuanto me vio, afloró esa media sonrisa en sus labios y yo sentí que me sonrojaba.

Se acercó, nos sentamos a disfrutar de la cena entre risas y charla y, cuando acabamos, me acompañó a mi cabaña, entró tras de mí y cerró la puerta, abrazándome mientras me besaba.

—Oliver, si te ve alguien...

—No había nadie, así que, tranquila.

—¿Seguro?

—Absolutamente.

Se deshizo de mi camisa, de la falda y la ropa interior, se desnudó, nos tumbamos en la cama y volvimos a dejar que esas ganas que ambos nos teníamos se apoderaran del momento.

Me miraba a los ojos mientras me penetraba, me besaba con ternura y me tocaba como si temiera que me fuera a romper.

Yo, en sus brazos, simplemente me sentía feliz.

Capítulo 10



Cuando me desperté al día siguiente, Oliver ya no estaba en mi cama, pero me había dejado una nota dándome los buenos días y diciendo que nos veríamos en las clases.

Me preparé y fui a buscar a Jane, para ir juntas a desayunar.

—Anoche no estuviste sola, ¿eh? —preguntó cuando entramos en el bar.

—No hables tan alto —me quejé.

—Oye, que la escandalosa fuiste tú.

—¡Qué dices! —grité tan fuerte, que todas las miradas se posaron en nosotras y yo sentía que me sonrojaba cada vez más por momentos.

—No escuché nada, pero ya me acabas de confirmar, que el “pelucas” estuvo contigo.

—¡Ay Dios!

—Anda, tonta, ¿y lo bien que te lo vas a pasar este verano?

—No quiero que se entere nadie, así que estate calladita por favor.

—Oído, jefa, cremallera y listo —dijo, mientras con los dedos fingía cerrar los labios con una cremallera.

Desayunamos y vimos a los del turno anterior coger las olas como si llevaran toda la vida haciéndolo, a mí aún me faltaba una barbaridad para ser así de buena, pero, poco a poco, sabía

que lo conseguiría.

Me llegó un mensaje de mi madre diciéndome que vendrían al día siguiente a verme, se lo dije a Jane y ambas nos pusimos la mar de contentas, ella porque tenía ganas de conocer a Ruby, y yo porque estaba deseando achucharla.

—Hora de las clases. A surfear se ha dicho —Jane se levantó y fuimos hacia dónde ya estaban los chicos de nuestro turno, incluido Oliver.

Cada uno cogimos nuestra tabla, la preparamos bien de parafina y nos adentramos en el mar.

Empezamos sentados en ella, aquello me encantaba porque mientras Oliver explicaba, yo me relajaba y familiarizaba con el entorno, mientras jugaba con las manos en el agua.

Uno a uno los chicos fueron surfeando, hasta que nos tocó a nosotras.

—*If everybody had an ocean* —empezó a cantar Jane, mientras iba tumbada en la tabla hasta donde Oliver le había indicado—. *A bushy bushy blonde hairdo. Surfin' USA* —nos reímos poco en ese momento, mientras bailaba de pie en la tabla, señalando al profesor y a un par de chicos rubios que nos acompañaban.

Yo no sabía dónde meterme, me estaba muriendo de risa, igual que Oliver, que seguía sentado en la tabla intentando calmarse, pero era imposible, porque mi amiga nos estaba cantando toda la canción sin dejar de bailar sobre la tabla.

No perdió el equilibrio en ningún momento y acabó su show improvisado, surcando una de las olas tal como había pedido Oliver.

—Surfear no sé si aprenderá mucho, pero desde luego para hacernos reír, esa niña es única —dijo uno de los chicos.

—Si es que tengo un arte... Me voy a presentar a algún concurso de talentos. ¿Qué sabes hacer, Jane? —dijo, poniendo la voz ronca como si fuera un hombre— Pues se me da genial cantar el *Surfin' USA* de los Beach Boys, mientras bailo subida a una tabla de surf en el agua.

Rompí a reír, y ya hasta tenía lágrimas en los ojos y es que, con esa niña, sabía que no me iba a aburrir ni un poquito en los dos meses que duraba nuestro curso.

Tras acabar las clases fuimos a comer, nuestros compañeros decían que no se arrepentían de que les hubiera tocado en nuestro turno, porque, además de que éramos las únicas chicas, se lo pasaban pipa con Jane.

—Bueno, bueno, pero una cosita os digo —los señaló Jane, entrando en el bar—. A mí se me mira, pero no se me toca, que ya tengo acompañante para este verano —y en ese momento llegó Eric que, al escucharla, sonrió mientras negaba—. No niegues tanto, que sabes que va por ti, bombón.

Y venga risas por parte de todos.

Me senté con ella y aproveché para hacer una videollamada a mis padres, pero yo quería hablar con Ruby.

—¡Amy! —gritó al verme— Mañana voy —Jane y yo, empezamos a reírnos al verla bailando, qué arte tenía mi chiquitilla—. No me he comido vuestras chuches, así que, tranquilas.

—Menos mal, porque tengo unas ganas de hincarle el diente a esas gomitas que nos enseñaste...
—contestó Jane.

—Es que están muy ricas. Os compré todas las que son mis favoritas.

—Muchas gracias, mi niña. Oye, dile a mamá que te traiga el traje de baño, ¿de acuerdo?

—¿Me voy a poder meter en el agua?

—Claro que sí, estarás conmigo —sonreí haciéndole un guiño.

—¡Bien! ¡Mamá! ¡Mamáaa! —gritó, haciendo que Jane, se tapara los oídos— ¡Dice Amy que mañana me vaya en traje de baño! —escuché a mi madre murmurar algo, pero no la oí bien— Dice que, vale —y ahí estaba esa sonrisilla de traviesa que tenía.

—Bueno, voy a terminar de comer y a esperar que llegue mañana cuanto antes, que tengo unas ganas de achucharte...

—Y yo. Te quiero infinito —se abrazó a sí misma, como si me abrazara a mí.

—Yo infinito más diez —contesté, como siempre.

Colgué, terminamos de comer y, cuando salíamos del bar, Oliver se acercó y me hizo un gesto para que lo acompañara.

—Esta noche duermo en la nueva cabaña, quiero que te vengas conmigo.

—Mis padres vendrán mañana —fruncí el ceño.

—Tranquila, te despertaré antes para que puedas volver a la tuya.

—Está bien.

Pasé la tarde organizando mi cabaña y, antes de que fuera a cenar, Oliver me recogió para llevarme directa a la suya, donde había preparado la mesa con dos platos y una lasaña para cenar.

No dejó de cogerme la mano por encima de la mesa en ningún momento, y, cuando acabamos de cenar, me llevó a la cama en brazos y ahí nos perdimos entre las sábanas.

—Acabamos de inaugurar, de forma oficial, la habitación —dijo, aún dentro de mí, con la respiración entrecortada, dejándome algunos besos en el cuello y la mejilla.

—Ya veo, ya. No has esperado ni a mañana —reí.

—¿Por qué esperar, cuando se tiene la oportunidad de hacer algo en un momento concreto?

No dejaba de besarme, fue al baño y yo me quedé en la cama, abrazada a la almohada.

Cuando regresó, me pegó a su pecho, abrazándome y empezó a acariciarme el brazo.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté, pero no dejaba de pensar que, si mis padres supieran esto, no iban a estar de acuerdo.

Para ellos seguía siendo su niña, por mucho que ya tuviera veinte años y me hubiera convertido en una mujer.

Cerré los ojos, me abracé con fuerza a su brazo y así me quedé dormida.

Capítulo 11



Tal como había dicho la tarde anterior, Oliver me despertó temprano para que me marchara a la cabaña, ya que mis padres podrían llegar en cualquier momento y no era plan que me vieran saliendo de la cabaña del profesor.

Fui a desayunar con Jane, a quien cada vez la veía más entusiasmada con Eric, y a él, no digamos, se le caía la baba cada vez que veía a la niña entrar por la puerta.

—Aquí tienen el desayuno mis chicas —sonrió y nos hizo un guiño.

—Oye, oye —protestó ella—. Qué pasa, ¿nos quieres a las dos en la cama o qué? Porque a mí esas cosas de momento no me van.

—¿De momento? —Eric, arqueó la ceja.

—Hijo, ya sabes lo que dicen, “nunca digas de esta agua no beberé”.

—Jane, por Dios —la reñí.

—Preciosa —Eric se inclinó, apoyando la mano sobre la mesa y mirándola fijamente— tranquila, que contigo tengo más que suficiente —le hizo un guiño y volvió a la barra para seguir sirviendo desayunos.

—Lo tengo comiendo de mi mano —dijo ella, como si nada, mientras daba un mordisco a su tostada.

Nada más acabar y, cuando llegábamos a nuestras cabañas, vi a mi pequeña Ruby, corriendo hacia nosotras.

—¡Amy! ¡Amy! ¡Amyyy! —gritaba con los brazos abiertos.

—¡Mi niña! —La cogí y me la comí a besos— Cuánto te echaba de menos, enana.

—Y yo a ti, que he dormido en tu cama todas las noches.

En ese momento llegaron mis padres y vi a mi madre asentir mientras sonreía.

Nos dio las bolsas de chuches y dijo que, cuando se nos acabaran, la llamara para que ella nos comprara más y nos las trajera con mis padres otro día.

Les presenté a Jane y les dije que íbamos a ver a los compañeros del turno anterior al nuestro, dar las clases, así que se apuntaron, pero primero entraron en mi cabaña a ponerse los trajes de baño, mi madre decía que, ya que habían ido a la playa, pues que se daban un bañito.

Y eso hicieron, en una zona apartada para no molestar a los chicos que daban las clases.

—¿Solo estáis vosotras dos, hija? —preguntó mi madre.

—Sí, pero tranquila, que todos nos cuidan un montón.

—Sí, son buenos chicos, no se preocupe, señora Amelia —dijo Jane.

—¡Huy, huy! Si me vuelves a llamar señora, no te hablo más en la vida. Todavía soy joven.

—Es verdad, lo siento. Es que siempre me dijeron mis padres que, a los adultos, tenía que tratarles de usted —lo formalita que estaba siendo la condenada de mi amiga, es que era ver para creer.

Nos tocó dar la clase a nosotras y di lo mejor de mí, quería que mis padres se sintieran orgullosos de lo que había conseguido en esos pocos días de curso.

Surfeé como toda una profesional, con mis limitaciones, por supuesto, y ellos no dejaban de

aplaudir.

—¡Amy! ¡Amy! ¡Yo quiero! —gritaba mi hermanita desde la orilla.

Oliver empezó a reír, y mi madre le decía que no podía, que aún era pequeña, pero yo tenía una idea y, tras consultarle al profesor y darme su permiso, fui hacia la orilla y cogí a mi hermana de la mano.

—¿Dónde vamos?

—A surfear, enana.

—¡Mami, voy a surfear como ella!

—Hija, por Dios, ten cuidado.

—Tranquila, que yo la respaldo —le dijo Oliver, y mi madre pareció quedarse más tranquila.

En realidad, no iba a surfear como nosotros, pero al menos quería que sintiera esa sensación de estar subida a una tabla. Así que, la senté delante de mí, con los pies dentro del agua, y ahí que fuimos las dos subidas mientras yo braceaba y Oliver estaba a mi lado.

—Me quiero poner de pie, Amy —me pidió, con esa carita de cachorrillo que solía usar para conseguir lo que quería.

—Eres muy pequeña, y yo aún no soy una experta.

—Pero yo sí. Ven aquí, pequeñaja —Oliver extendió los brazos y mi hermana, lejos de tener miedo o un mínimo de vergüenza, sonrió y abrió los suyos para que la cogiera.

Miré hacia la orilla, donde mis padres no perdían ojo de nuestros movimientos, y mi madre se llevó la mano al pecho porque aquello no le parecía buena idea.

Pero era para ver a la enana de mi hermanita subida en esa tabla de surf, mientras Oliver a su

espalda, le sujetaba los brazos.

—No nos movemos —protestó ella.

—Claro, porque no puedo mover la tabla si no estoy surcando las olas. Pero verás cómo ahora sí surfeas. Amy —me llamó y, cuando lo miré, tenía esa preciosa sonrisa que me robaba el aliento— ponte de pie y que se suba contigo, que os voy a hacer surfear a las dos.

Y lo hizo, claro que lo hizo, porque mientras yo sujetaba a mi hermana para que no se fuera al agua, Oliver nadaba empujando mi tabla.

—¡He surfado, mami! ¿Me has visto, papi? He surfado como Amy.

—Sí, cariño, lo he visto.

—Amiga, tu hermana tiene tan buen gusto como tú —murmuró Jane, mientras mis padres hablaban con Oliver, para darles las gracias por hacer aquello por Ruby—. No ha dudado en irse a sus brazos, cuando sea mayor va a tener el mismo peligro que tú.

—Afortunadamente, Oliver no tiene hijos eso sí que sería un problema —reí, porque si los tuviera y se parecieran a él, estaba convencida de que mi hermana se enamoraría de uno de ellos.

Fuimos a comer con mis padres, y mi hermana no dejaba de hablar de lo bien que lo había pasado subida a la tabla. Oliver nos invitó a comer, mis padres se lo agradecieron y nos fuimos a pasar el resto de la tarde en la playa.

Ruby no me dejaba ni a sol ni a sombra, no hacía más que abrazarme, besarme y decirme que me quería y me echaba de menos.

Se quedó dormida en la toalla conmigo y mis padres decidieron que era hora de marcharse, no querían llegar demasiado tarde a casa, así que, con la peque dormida, subieron al coche y me despedí de ellos.

Regresé a la cabaña y se me saltaron las lágrimas, no es que no me gustara estar allí, pero la niña me echaba de menos y lo pasaba mal sin mí, lo sabía, aunque no me lo dijera.

No me dio tiempo a cerrar la puerta, Oliver entró antes, me abrazó desde atrás y me besó el cuello.

—La verás pronto, preciosa —murmuró, asentí y dejé que me abrazara y consolara hasta que se me pasara ese momento de tristeza.

Capítulo 12



Jane vino a buscarme para ir a desayunar juntas y, fue llegar al bar, y darnos cuenta de que había alguien nuevo que estaba llamando la atención de todos.

—Igual ha venido algún famoso —me dijo, encogiéndose de hombros.

—¿A aprender a hacer surf? Mira que lo dudo.

—Mujer, a lo mejor es un actor y tiene que prepararse para una peli.

—Digo yo que para esos casos tendrán dobles. ¿no te parece?

—Nada, tú quítame la ilusión de conocer a Thor o a su hermano pequeño. Hija, de verdad...

—¿A Thor? —solté una carcajada, y es que así era como se conocía al famoso actor australiano, Chris Hemsworth.

Entramos y nos quedamos las dos locas al ver a otra chica allí, una pelirroja con un cuerpo espectacular, pechos que, si no eran operados poco les faltaba, y una sonrisa de quien se sabe deseada.

—¿Y esa quién es? —preguntó Jane.

—Ni idea, será nueva en el curso —me encogí de hombros.

—Pues tiene a todos babeando —miré a Jane y ella estaba buscando a Eric por todo el bar.

Nos sentamos y Eric al vernos, nos trajo los desayunos

—Buenos días, mis chicas.

—¿Esa es nueva? —pregunté.

—Sí, llegó anoche.

—Hum —Jane. la miró con los ojos entrecerrados—. Esa tía no viene a surfear, te lo digo yo.

—¿A qué viene, si no? —pregunté.

—A provocar a los chicos. ¿No ves cómo están los de nuestro grupo?

En ese momento entró Oliver, y la pelirroja arqueó la ceja con una media sonrisa que no me daba buena espina, pero intenté pasar de ella y de todo.

Desayunamos y nos quedamos allí charlando con Eric, mientras esperábamos que comenzaran nuestras clases. La pelirroja se había ido a la playa con un par de chicos con los que, por lo que nos dijo Eric, había llegado allí.

—¡Vamos, no me jodas! —gritó Jane, cuando llegamos a la playa para empezar nuestras clases.

—¿Qué pasa?

—Mírala, haciendo topless. ¿Ves? Te dije que no venía a surfear.

—Estará en las clases de por la tarde, seguro.

—Peor me lo pones. ¿Esa lagarta sola, con tu hombre? Venga, nena, despierta.

—No es mi hombre, Jane.

—Perdona, te ha echado algo más que piropos, así que, déjame decirte que ese es tu hombre.

Empezamos las clases y los chicos no es que estuvieran muy concentrados, así que acabaron en el agua en más de una ocasión.

Jane, que era un terremoto, no se pudo quedar calladita.

—¡Vamos, hombre! Ni que no hubierais visto un par de tetas en vuestra vida.

—Niña, que dos como esas que tiene Ginger, no se ven todos los días —dijo uno de ellos.

—Tú qué tienes, ¿quince años? Por favor, qué inmaduro.

—Podría ser tu padre, así que cuidado con lo que me dices. A ver si cuando llegues a sus veinticinco, las tienes así de bien puestas.

—Nos ha jodido, si me las opero claro que sí, pero mira, las mías son naturales.

Y, ni corta ni perezosa, se levantó el sujetador deportivo que llevaba y ahí dejó sus pechos al aire.

—¡Jane, por Dios! —La tapé y ella, por respeto a mí, se cubrió.

—Esto son dos tetas de verdad —soltó, subiéndoselas con ambas manos—, naturales y de mis dieciocho añitos, no esas que cantan a plasticucho.

Todos, menos Oliver, se quedaron boquiabiertos y con los ojos como dos platos de grandes.

—Chicos, basta. Centraros en la tabla y el mar, que no tengo ganas de llamar a los de salvamento marítimo —dijo Oliver.

Jane y yo seguimos con las clases, pero el hecho de que esa mujer estuviera allí, no hacía más que desconcentrar a los chicos.

Al fin acabamos las clases, y mi amiga fue derechita a por la tal Ginger.

—Tú, globitos —me tuve que aguantar la risa al escucharla—. A ver si te tapas un poco, que esta es una playa para hacer surf, no topless ni nudismo.

—¿Me lo vas a prohibir tú, niña?

—Huy, huy. Otra que me llama niña.

—Jane, vámonos a comer, anda —la cogí del brazo para llevarla al bar, y es que la veía capaz de encenderse tanto, que acabaría la cosa mal, muy mal.

Pero la cosa no mejoró, al menos para mí, pues en el bar, la pelirroja no le quitaba ojo de encima a Oliver.

No es que él hiciera nada para darle pie, pero tampoco la apartaba, y eso me tenía mosqueada.

Ni siquiera se había acercado a mí, no me había dicho nada y yo esperaba que me hubiera invitado a cenar en la cabaña, no sé, me apetecía estar con él.

Oliver, la pelirroja y los chicos con los que había llegado, se fueron, y a mí no me dio ni una simple mirada.

Ella no hacía más que provocarlos a todos, contoneándose como si fuera la reina del lugar, le tocaba los bíceps a Oliver y él...

—Me voy a la cabaña —dije, con un nudo en la garganta.

—Eric, ojito con la “globitos” —dijo señalando hacia la puerta—. Como se te ocurra acercarte a ella, de mi cama te olvidas.

—Preciosa, sabes que no tengo ojos más que para ti —y le dio un pico rápido en los labios, menos mal que estábamos solos.

—Me voy con ella a la cabaña, luego te veo.

Eric asintió y le hizo un guiño.

Entramos en mi cabaña y llamamos a mis padres, necesitaba la alegría y el desparpajo de mi hermanita.

Sabía que no me fallaría y me sacaría más de una risa. Era para comérsela, mi muñequita linda y mimada.

Un poco antes de la cena fuimos a darnos una ducha, y, cuando salimos, vi a Oliver de lo más risueño con esos tres con los que se había ido, incluida la pelirroja.

—Vamos a cenar y nos olvidamos de la, globitos.

—No me apetece ir al bar —estaba celosa y además triste—. Cogeré un sándwich y me pondré una peli, tú disfruta de tu Eric —le besé la mejilla, pasé por el bar y le pedí a Eric mi cena.

Me encerré en la cabaña, esperando que Oliver viniera a buscarme, tal vez al no verme en el bar se extrañara y pasara a ver qué me pasaba.

Pero la noche avanzaba y nadie llamó a mi puerta.

Me metí en la cama con esas imágenes de la pelirroja tonteando con Oliver y él, si hacer nada.

Ahora me quedaba claro que yo no era más que otra de esas chicas que pasaban por esa playa, por su cama, y no tenían nada más que hacer con él.

Capítulo 13



No, no vino en toda la noche y tampoco le dio por aparecer para darme los buenos días.

Salí a buscar a mi amiga para ir a desayunar, y antes de que Eric me pusiera el Cola-Cao, se me había cortado la leche.

Ahí estaba la pelirroja, con los dos chicos y Oliver, en la misma mesa, seguían de lo más sonrientes y ella, con ese tonto.

En cuanto nos vio, la cosa fue a más, esa mujer no se cortaba lo más mínimo y no dejaba de tocarle al brazo a Oliver y él, ni se lo impedía ni nada.

—Buenos días, princesas de los mares —Eric trataba de animarme, lo sabía, así que sonreí y le di un beso en la mejilla cuando me lo pidió, inclinándose y dándose golpecitos con el dedo—. Eso está mejor, que sonrías. No te quiero ver triste, ¿eh?

—Vale —sonreí de nuevo.

Pero era fingido, cómo narices iba a sonreír y no estar triste, si el hombre con el que me había acostado varias veces, el único con el que lo había hecho, dicho sea de paso, estaba ahí, dejando que otra tonteara con él, delante de mí.

Desayunamos mientras teníamos que escuchar las risas burlonas de la maldita Ginger, no la conocía de nada, pero le estaba cogiendo una manía, que más valía que no se cruzara por el camino por el que yo fuera, porque no sabría si decirle cuatro cosas.

Nos fuimos a la cabaña de Jane, a esperar que llegara nuestro turno de clases, cualquier cosa con tal de no ver a la pelirroja en topless, que bien sabíamos nosotras que así estaría. Anda que no le

gustaba a ella llamar la atención de todos los chicos.

Así les pasaba, que estaban subidos a la tabla, no daban pie con bola y acababan en el agua como tontos.

—De verdad, es que es como si nunca hubieran visto una mujer así, por favor —protestó Jane, señalando hacia la playa, que no veíamos a Ginger, pero sí a los que daban las clases acabar nadando.

Luego estaban los que iban de chulitos, que se mantenían en pie y surcaban las olas como si estuvieran pisando una hojita de papel, miraban a la “globitos” y le hacían cualquier gesto.

En fin, que esa iba a ver a quien podía ligarse y darse una alegría para el cuerpo, que solía decir Zara.

Y, hablando de mi amiga, le mandé un mensaje para ver qué tal estaba, qué faltita me hacía mi hermana del alma en ese lugar.

Me contestó que estaba bien, echándome de menos y aun pensándose lo de hacer un curso conmigo, intenté animarla a que viniera y dijo que lo pensaría.

Pues íbamos bien, que así llevaba desde el día antes de yo venirme a este pequeño paraíso.

Nos tocó dar la clase y, para mi sorpresa, Oliver no miraba a la pelirroja, me sonreía a mí, me lanzaba esas miradas furtivas, pero yo estaba dolida porque el día anterior no había querido saber nada de mí.

Dimos las clases sin mayores incidentes, salvo los ya mencionados de los que se desconcentraban y acababan como patos mareados tragando agua.

Jane no dejaba de resoplar, y no era para menos, en serio, que el machito del día anterior era el peor de todos, solo le faltaba la babilla saliéndole de la boca como a los dibujos de la tele.

Nada más acabar fuimos a darnos una ducha y después a comer, no queríamos coincidir en el bar con ella, porque lo que menos nos apetecía era ver un nuevo espectáculo de Ginger, “la, globitos”,

seduciendo a todos.

Eric se sorprendió al vernos entrar cuando ya no quedaba nadie, pensaba que no íbamos a ir.

—¡Sí, hombre! Me voy a quedar yo sin comer por una tarada como la “globitos” —contestó Jane.

Eric nos trajo la comida y aprovechó para comer con nosotras, no perdía ocasión de pellizcarle la mejilla a Jane, o cogerle la mano, la verdad es que hacían una muy buena pareja.

Me alegraba por ella, de verdad que sí, era una loca muy parecida a mí, pero una niña de lo más cariñosa y se merecía a alguien que la tratara con ese cariño y amor que sabía que ella también podía entregar.

Y nadie mejor que Eric que, tal como me dijo Oliver, era igual que mi amiga la terremoto.

Terminamos de comer y nos fuimos a dar un pequeño paseo por la playa, antes de cambiarnos para volver a cenar.

Llamé a mis padres y mi hermana me preguntó qué tal iba mi suministro de chuches, me hizo reír un buen rato y se lo agradecí mentalmente.

Me cambié y fui al bar, donde ya me esperaba Jane con una sonrisa de lo más amplia, esa que se le borró inmediatamente y, al girarme, vi a Ginger.

Se acercó a nuestra mesa, como si fuéramos amigas de toda la vida, y apoyó las manos en ella con una sonrisa.

—Chicas, no sabéis lo que os perdéis por ser tan niñas —lo dijo con una malicia, que sabía que, sus siguientes palabras, no me iban a gustar—. Anoche me acosté con el profesor y... ¡uf! Ese hombre es puro fuero. Creo que aún tengo la forma de la madera en la espalda.

Se me hizo un nudo en la garganta, no podía estar diciendo aquello de verdad.

—Qué fogoso es, y cómo sabe hacer disfrutar a una mujer. En fin, eso vosotras no lo sabréis

nunca, sois aún tan niñas...

—¡Te arranco los pelos, hija de la gran...! —gritó Jane, y Eric, que llegaba en ese momento, la sujetó— ¡Suéltame, Eric, que voy a dejar calva a la pelirroja esta!

—Preciosa, cálmate —le pidió él, cogiéndola por la cintura y girando con ella, pero mi amiga seguía mirando a Ginger, con los brazos extendidos hacia ella.

—¡No me calmo! ¡Le arranco la melena! ¡Suéltame!

—Jane, por favor, tranquila —le dije, acercándome.

—En fin, me voy, que me espera de nuevo en su cabaña —dijo, cogiendo una bolsa con comida que le daba el otro camarero.

Me quise morir, Jane notó que me faltaba el aire y se tranquilizó.

—Amy...

—No —me rompí y empecé a llorar—. No digas nada.

Salí corriendo mientras lloraba, Jane me llamaba, pero no me giré ni una sola vez.

Vi a Oliver a lo lejos, entré corriendo en la cabaña, y me metí en la cama, llorando, abrazada a la almohada.

Poco después llamaron a la puerta, era Eric, me pedía que le abriera, quería hablar conmigo, pero yo no, en ese momento no.

Y en ningún otro, no quería volver a saber nada de él. Me limitaría a pasar esos días de la manera en la que debía haberlo hecho desde el principio, tan solo dando las clases de surf.

Capítulo 14



¿Y si ese día decía que estaba enferma, y no daba clases? Porque me encontraba echa una mierda, como si me hubiera pasado un camión por encima, vamos.

Me dolía la cabeza de tanto llorar, tenía los ojos hinchados y estaba con una tristeza en el cuerpo, que se me había quitado hasta el hambre, y eso que la noche anterior no había cenado nada.

Jane vino a buscarme y, al verme la cara, me dio un abrazo.

—Amiga, hay que darte un poco de corrector en esas ojeras y colirio en los ojos. Anda, vamos a mi cabaña.

—No quiero salir de aquí, Jane, de verdad que no.

—Pues vas a salir, solo faltaba que te quedaras encerrada en la cabaña por culpa de esa mujer. Oliver vino anoche en cuanto Eric y yo, le contamos todo. ¿Hablaste con él?

—No, ni quiero tampoco. Para que me mienta, o me intente regalar los oídos con palabras bonitas, no me interesa. Que se vaya con Ginger, a ponerla contra la pared.

—¡Jesús! Si es cierto que ese hombre es un empotrador...

Acabé soltando una carcajada, y eso que ganas de reír tenía las justas, vamos, ninguna para ser sincera, pero Jane era como Zara, me hacía reír hasta cuando no me soportaba ni a mí misma.

Al final me convenció para ir al bar, allí estaban todos los chicos, incluido Oliver. Eric nos dijo que la pelirroja y los otros dos se habían ido temprano, al parecer había ido solo como acompañante de su hermano y un amigo de este para dos días de cursos intensivos, por eso Oliver

había pasado las dos tardes con ellos tres. Pues nada, al menos un marrón que me quitaba de encima.

—Menos mal, porque si se queda más tiempo, acabáis pasando todos entre sus piernas —le dijo mi amiga.

—Preciosa, no me metas en ese saco, que yo solo quiero estar entre las tuyas —le hizo un guiño y nos dejó solas.

—Si es que me pone mucho, de verdad —me reí al escucharla—. Por cierto, mañana me voy a pasar el día a la ciudad con Eric, que lo tiene libre. ¿Nos acompañas? Así te da un poco de aire que no sea de la playa.

—No, gracias. Me quedo aquí, en la cabaña, aprovecharé para pasear por la playa, descansar, veré alguna peli y llamaré a mi amiga para charlar un rato.

—No quiero dejarte sola, no así. Estás triste, esta no es la Amy que conozco.

—No te preocupes, Jane, de verdad, se me pasará pronto. Tú aprovecha el día con tu Eric, que bien merecido os lo tenéis los dos.

Terminamos de desayunar y vi que Oliver, se acercaba a mí.

—Amy.

—Profesor —dije, en tono seco.

—¿Ahora soy profesor?

—Es lo que eres aquí, así que... Si vas a decirme algo de las clases, puedes hacerlo después, en mi turno.

—Quiero hablar contigo.

—Si no es de las clases en particular, o del surf en general, no tenemos nada de lo que hablar.

Salí del bar, Jane me siguió y fuimos a perdernos un poco por la playa, ni siquiera vimos a los del turno anterior a nosotras dar sus clases, y todo para evitar a Oliver.

No quería hablar con él, no me interesaba lo que fuera a decirme. Se había acostado con otra después de llevarme a su autocaravana, decirme que le había gustado desde que me vio el primer día, meterme en su cama y él en la mía, y encima quería justificarse. Pues lo llevaba claro.

Fuimos a dar nuestras clases y dejó a los chicos haciendo unos ejercicios, se quedó con nosotras y no hacía más que mirarme, intentaba hablarme, pero yo me hacía la sueca. Vamos, que pasaba de él como de comer pipas en ese momento.

—Amy, por favor.

—Y sin favor también, hombre.

—¿Hablamos? —preguntó, con una leve sonrisa.

—¡Claro! En tus sueños.

Me giré y fui con Jane a por ropa para darnos una ducha y después ir a comer, así podíamos hacerlo con Eric, que se sentó con nosotras encantado, ya que todos habían comido antes.

Oliver tenía que dar las clases de la tarde, así que yo estuve con Jane en su cabaña, eligiendo el modelito que se pondría al día siguiente para su escapada con Eric.

—No seas tonta, vente con nosotros —volvió a insistir.

—Claro, para sujetaros la vela —volteé los ojos.

—Ni que fuéramos a ponernos ahí en mitad de la calle a reproducirnos como mandriles, vamos hombre, por favor. Anda que... vaya cosas tienes.

Solté una carcajada, porque la verdad es que me imaginé a Jane, colgada de Eric como una monita y casi me ahogo de la risa.

Me dolía todo, y la muy loca riéndose conmigo sin saber por qué lo hacía yo exactamente.

—¿De qué carajos nos reímos? —Seguía sentada en la cama, sin parar.

—Que te he visto colgada de Eric en plan monita, y...

—¡Ay, la madre qué te parió! —vuelta a reír ella, y yo más todavía cuando volvió a hablar— Yo también me acabo de ver.

No es que tuviera ánimos para nada, pero ella había conseguido hacer que mi tarde fuera un poquito más amena.

Fuimos a cenar al bar y de nuevo Oliver intentando hablar conmigo, pero, al ver que me giraba en la silla evitando mirarle, sentí que se marchaba.

Lo vi sentarse en una de las mesas y cenar solo, ni siquiera se sentó con alguno de los otros chicos del curso.

Que le dieran viento fresco, a mí no me iba a contar mentiras, no quería escucharlas.

Después de cenar me despedí de Jane, que se quedaba allí ayudando a Eric a recoger, para luego irse juntos a la cabaña de ella.

Mientras caminaba hacia la mía, vi a Oliver sentado en la playa, mirando hacia el mar. Por un momento quise atreverme a ir, pero me frené.

No sé si es que se sintió observado, o que intuyó que yo estaba por allí, pero me miró, sí, me miró a mí directamente.

Me quedé parada un instante, hasta que lo vi ponerse en pie y, al saber que intentaría hablar conmigo, me di toda la prisa que pude en llegar a la cabaña y encerrarme.

Me puse el pijama rápidamente y, como la noche anterior, me acosté llorando y abrazada a la almohada.

—Amy, ábreme, por favor —lo escuché pedirme. Se le notaba calmado, pero también con la voz rota.

No lo hice, no le abrí, me quedé ahí llorando y esperando que se marchara, sabía que al final lo haría.

Capítulo 15



Me levanté triste y con ganas de llorar, se notaba que era el día libre, ya que muchos se habían ido a pasar el día fuera y se veía aquello en absoluta paz.

Me asee y me puse un poco de corrector para que no se me notaran los ojos de haber llorado, además me di un poco de brillo labial y me recogí el pelo en una cola alta.

Aparecí por el bar y vi que Oliver, estaba en la barra tomando un café. Me senté esperando que James me trajera el desayuno, pero no, me lo trajo él y no solo me lo puso sobre la mesa, se sentó frente a mí y yo lo ignoré mandando mensajes a Zara.

Oliver cogió mi mano que sostenía el móvil y la agarró con la suya.

—Tenemos que hablar...

—¿Es algo del curso?

—Sabes que no.

—Entonces no tengo nada de qué hablar.

—Lo vamos a hacer por las buenas o por las malas, tú decides —murmuró, mirándome sin soltar mi mano.

—Por las malas, por supuesto —le reté sin venirme arriba y en tono bajo.

—Vale —soltó mi mano y se puso a desayunar.

Ese vale sonó a que me la había buscado, no en tono amenazante, pero si en desesperación de querer hablar conmigo, aunque me opusiera a ello.

Me daba rabia, dolor, tristeza y tenerlo ahí frente a mí, me ponía mucho peor, pero es que no quería hablar con él, no quería saber nada.

Terminé, dejé el dinero en la mesa y me marché para la cabaña a dejar la ropa y darme un baño, justo cuando la estaba abriendo apareció él, dándome un susto y me hizo entrar.

—No me acosté con ella, no le di ni un beso y no he tenido nada con esa lianta, que fue expandiendo un cuento que ni ella se creía —dijo con furia.

—Eso dices tú —lo miré con rabia.

—No tienes ni idea de cómo soy y lo que me debiste de gustar para llevarte a hacer lo que hicimos, no tienes ni idea —estaba mega enfadado.

—Sal de aquí o te juro que te abro la cabeza —murmuré.

—No me voy a ir hasta que no me creas —me pegó contra él para besarme.

—Suéltala, o te juro que echo a arder todo tu negocio —era la voz de mi padre que, al girarme y mirar la puerta, ahí estaba.

—¡Papá! —grité enfadada para que no se le ocurriera liarla.

En ese momento me soltó Oliver.

—No es lo que parece —murmuró.

—Sal de aquí, vuelve a acercarte a mi hija y eres hombre muerto.

Oliver me miró con tristeza, agachó la cabeza y mi padre se apartó para que saliera.

—Recoge todo que nos vamos.

—No, papá, no me quiero ir —comencé a llorar.

—Sabía cuando vine que aquí pasaba algo, esas miraditas, esos gestos y ahora, me lo encuentro forzándote...

—¡No! No sabes nada, no juzgues por favor.

—Recoge tus cosas que nos vamos de aquí, no me hagas tener que hacerlo yo.

—No me quiero ir, papá no me puedes hacer esto.

—Nos vamos —cogió mi maleta y comenzó a meter todo como loco, yo me senté en la cama con las manos en la cara y lloraba como una niña pequeña. Sentí que ahí se acababa todo y que lo que vine a cumplir como sueño, ahora se iba a volver un infierno al irme.

Recogió todo y me hizo un gesto de que nos íbamos, me quitó la llave del cuello y la dejó sobre la mesita de noche.

Salí de allí llorando con el corazón encogido y sin levantar la cabeza, mi padre iba a paso ligero hasta el coche y metió en el maletero mis cosas.

—¡No te vayas! —escuché gritar de lejos y vi a Oliver.

—Métete para dentro o voy y sale de aquí cadáver —murmuró mi padre y me senté en el sillón de atrás, no quería ni ir a su lado.

—Esto que estás haciendo, te juro que te vas a arrepentir —murmuré a sabiendas de que se podía volver hacia atrás y meterme una hostia que me iba a dejar sin sentido, pero me daba igual, se iba a arrepentir, esa era la verdad, me acababa de destrozar la vida.

Pasó todo el camino preguntándome si me había acostado con él, yo no le contestaba a nada, lo puso como el peor tío del planeta: que si se había aprovechado de mí, que si yo era un juguete

para él, que era una niña y él no lo respetó, que si tal, que si cuál... Fue el trayecto más agobiante de mi vida.

Llegué a casa, cuando entré miré a mi madre y le hice un gesto para que no me tocara.

—Desde este momento estoy muerta para ustedes —murmuré, mirándola y ella se quedó sin entender nada.

Mi hermana estaba en casa de mi abuela, cosa que agradecí, no quería que me viera así y ella no tenía culpa de nada.

Mi padre por quitar me había quitado hasta el móvil, en mi cabeza retumbaba el grito de Oliver, pidiéndome que no me fuera, además de cuando entró a la cabaña y me dijo que nada fue como pensaba, me quería morir. Juro por mi vida que no quería vivir ni un puto día en esta casa donde sabía que no tendría acceso a verlo.

No tenía dinero para poder decir cojo la puerta y me voy, estudiaba y eso me hacía esclava en estos momentos de tener que renunciar a haber corrido hacia él y haberme enfrentado al mundo. Yo lo amaba y si me equivocaba era mi error, pero quería equivocarme, quería luchar, pero no tenía derecho a nada, más que a acatar lo que dijera mi padre, pero esto le iba a salir caro, no lo pensaba mirar más a la cara.

Me pasé el día allí encerrada y llorando, mi madre vino un par de veces a preguntarme si podía entrar y le dije que no, es más, eché el pestillo, si querían algo que tiraran la puerta abajo, total, mi padre me quitó hasta el móvil, así que no es que estuviera negra, estaba que mataba ese día.

Por la noche llamaron a la puerta y sabía que era mi hermana, la había escuchado y abrí, pasó y me la comí a besos.

La pobre me preguntaba que hacía de vuelta tan pronto y si me iba a quedar para siempre, me hizo mucha gracia, era la forma que tenía a referirse de que no me iba de nuevo a la playa.

Capítulo 16



Me levanté con mi hermana trayéndome el teléfono fijo de casa y era Zara.

—Ayer me pasé el día llamándote y escribiéndote, me he asustado tanto que pensé en hablar con tu madre, pero lo cogió tu hermana y me dijo que tú estabas en la habitación.

—Te tengo que contar el numerito que pasó ayer, mi padre se coló en la playa y... —le conté todo.

Se quedó a cuadros y lamentándolo por mí, me desahogué y le pedí que le mandara un mensaje a Jane, ya que ella tenía el teléfono porque un día la llamamos desde el suyo.

—Escríbele que siento el haberme ido así sin despedirme, que gracias por esa compañía que me hizo durante esos días, que nos volveremos a ver algún día y que en cuanto tenga la posibilidad, le escribiré o llamaré.

—Ahora mismo se lo pongo. Pasaré mañana a verte.

—Espero que no te echen —dije con ironía.

—Sabes que no lo hará tonta.

—Ya me espero cualquier cosa de él.

—Sabes que te quiere mucho.

—Querer no significa privar de libertad a nadie, por mucho que no te guste, pero no puedes arrebatárlo lo que otros desean porque a él no le agrada, eso no lo hace una buena persona por

mucho que me quiera, eso es posesión y la posesión no es amor. Tengo veinte años, jamás le fallé como hija, ni en estudios, ni en nada —miraba por la ventana llorando a lágrima tendida—, no me he recogido tarde ni nunca me han visto borracha y ahora me hace esto, ahora, sin siquiera darme el derecho a explicarme, sin importarle como me sentía o como me hacía sentir. Te juro que si encuentro un trabajo me voy, esto que me hizo, no se lo voy a perdonar en la vida porque por su culpa viviré siempre pensando que hubiera pasado.

Me giré y vi a mi madre parada llorando, me había estado escuchando, asintió con su cabeza con tristeza, como diciendo que me había entendido en todo y se marchó.

Me despedí de Zara y me senté en la cama con las manos en la cabeza, el dolor que le había visto a mi madre en la cara y el gesto de decirme que después de escucharme me entendía, me había matado, me daba mucha pena porque ella no tenía culpa de nada, absolutamente nada.

Cuando escuché que mi padre se fue a trabajar, bajé a la cocina a tomarme un cacao y hablar con mi madre.

—Hija, siento que te sientas así —se le cayeron las lágrimas de nuevo.

—Mamá, tú no tienes culpa de nada, siento que hayas tenido que escuchar lo que, sí pienso de papá, aunque creo que tú también tienes algo de culpa porque le bailas el agua siempre.

—Hija, a veces, como padres, tenemos que ir en la misma dirección para educaros, eso no significa que haya cosas como ahora que no le pueda dar la razón, es más, ayer sin haberte escuchado discutí con él y le dije que era un soberbio, pero él no entra en razón, solo ve que podría ser tu padre.

—Solo nos llevamos quince años.

—Decía que te estaba amenazando y queriendo besar.

—Mi padre vio lo que quiso ver, sí, yo me había enfadado con él y no le hablaba, hasta que no pudo más, vino a buscarme y me dijo que no se iba sin que lo escuchara. Me quiso besar y en ese momento entró papá y escuchó lo que se puede interpretar de muchas formas si no sabes de que va. En definitiva, que papá me arruinó el verano y me jodió de una forma que sentí la humillación

más grande de mi vida, así que lo va a tener muy difícil, pero que muy difícil conmigo y por ahora créeme que para mí será como un fantasma.

—¿Te has enamorado?

—Si ahora mismo me dice que me vaya a vivir con él y lo deje todo, hasta los estudios dejaría, con eso te lo digo todo. Y no habría padre que tuviese cojones de frenarme.

—¿Sabes ir a la guerra?

—Y en primera fila...

—Haz tu maleta que salimos para allá ahora mismo, ya me encargo yo de tu padre y si tengo que dejar de hablarle, lo hago, me vendrá bien no escucharlo en un tiempo —me hizo un guiño y un gesto de que me fuera—. No te preocupes que, de este, me encargo yo.

Lloré emocionada y salí corriendo a prepararla, era temprano y mi padre no volvía hasta después de comer, así que le daba tiempo a llevarme y volver antes de que llegara y conociendo a mis padres se iniciaría una guerra, pero mi madre tenía el arte de frenarla rápida.

Hice la maleta, metimos a la niña en el coche y nos dirigimos al sudoeste, mi madre me había devuelto el móvil solo me pidió que no lo encendiera hasta que mi padre llegara a casa, era para que no lo viera conectado y llegara hecho un energúmeno.

Mi hermana no entendía nada, pero no dejaba de preguntar. En ese momento llamó mi padre y mi madre dijo que nos calláramos, ella hizo como que íbamos a un centro comercial de compras para que nos diera el aire.

Mi padre al intuir que yo podía estar escuchando en el coche, no dijo más nada, solo que después nos veía.

Yo iba pensando que, si ahora Oliver no me quería ni ver y mi cabaña estaba alquilada, me metería en la de Jane, pero, por otro lado, iba rezando porque me recibiera con un abrazo y me dijera que me instalara con él.

Mi madre me iba diciendo que le prometiera que después de esto iba a continuar los estudios, me lo pidió con una tristeza que me sacó una sonrisa de esas de ternura.

—Claro que no los dejaré, te lo prometo.

—Vale, entonces ni te preocupes por nada, lo máximo que me puede pasar es que me vaya a tu cuarto a dormir unos días.

—Y yo contigo mamá —dijo la pequeña, causándonos una carcajada.

Llegamos al terraplén y bajé las cosas, vi a Eric a lo lejos y me levantó la mano sonriendo, le saludé feliz con la mía.

Ví a lo lejos que Oliver nos miraba, estaba quieto, paralizado, mi madre lo miró y me dio un abrazo.

—Disfruta hija y si te tienes que equivocar, hazlo por ti, te quiero —me repitió lo que escuchó de mí y me emocionó.

—Gracias, yo también te quiero —la besé y cogí a la pequeña en brazos.

—Mi princesa, pronto nos vemos —nos abrazamos y la metí en el coche, la abroché y le di otro beso.

Miré como salían de allí...

Capítulo 17



Me giré y vi que Oliver venía hacia mí, me temblaban las piernas y sentía que me sudaban las manos.

Se me inundaron los ojos de lágrimas y en los suyos vi lo mismo, me dio un abrazo muy fuerte y lo escuché sollozar en mi hombro.

No dijo nada, no podía ni hablar, cogió mi maleta y la bolsa grande de playa que iba también llena de cosas, me echó la mano por el hombro y comenzó a andar hacia su cabaña, ni siquiera me preguntó.

Entramos y me volvió a abrazar, me besó con unas ganas increíbles, lloraba y reía a partes iguales, pero no hablaba.

—¿Estás bien? —le pregunté, ante el no haberlo escuchado decir ni una sola palabra.

Afirmó y me abrazó de nuevo, pero es que había algo que no me cuadraba, era como si faltara algo de él, quería escucharlo.

—Oliver, dime algo —las lágrimas comenzaron a brotar mucho más.

—No puede hablar —escuché tras de mí y me giré, era Jane—. Dame un abrazo, cuando me dijo Eric que estabas aquí, no me lo podía creer.

—¿Por qué has dicho que no puede hablar? —le pregunté, mirando a Oliver.

—Cuando pasó lo de tu padre, entró en un cuadro de ansiedad, no hablaba y estaba en shock, tuvimos que llevarlo al hospital y allí nos enteramos de que estos episodios le habían dado más

veces cuando le pasaba algo fuerte en su vida, era como que se bloqueaba, pero que en unos días cuando sus emociones se vayan gestionando bien, irá hablando. Eric, está dando las clases estos días.

Me entró una pena tan grande, en shock estaba ahora yo, jamás había escuchado algo así. Le agarré la mano, lo miré y se la acaricié.

—No te preocupes que yo hablo por los dos —le saqué una sonrisa.

Coloqué mis cosas en donde me indicó Oliver y ya de paso así jugábamos a las adivinanzas para yo interpretar que era lo que me quería decir, al final me iba a tener que reír y todo.

Nos fuimos a comer al restaurante, allí les conté que había pasado y cuando les dije lo de mi madre esa mañana, Oliver se puso a aplaudir emocionado, nos tuvimos que echar Jane y yo a reír.

Me sentía otra vez libre, pero a la vez preocupada por el pastel que se iba a comer mi madre. A ver, que mi padre de los reproches no pasaba, que era muy cabezón y testarudo, pero que mi madre tenía la habilidad cuando quería de dejarlo más callado que en un funeral.

Tras la comida y un rato tomando el café encendí el móvil, mi madre me había puesto un mensaje, diciendo que el objetivo había estallado en cólera y ella tuvo que sacarse un as que tenía guardado bajo la manta y lo dejó callado rapidito, ahora estaba en la habitación durmiendo un rato.

Me tuve que echar a reír, la pobre se había comido y bien el problema y sabía que no era plato de buen gusto para ella, pero quería fingir que todo estaba bien.

Descubrí entre los mensajes uno que me había escrito Oliver, cuando me fui de aquí con mi padre.

Oliver: *Lo siento, pequeña, lo siento. Ojalá pudiera tener el poder de hacer algo y traerte a mi lado. Te esperaré siempre.*

Se me saltaron las lágrimas y le enseñé a Oliver su mensaje.

—No lo había leído hasta ahora —sonreí.

Oliver asintió como diciendo que lo sabía y que, tranquila.

Jane, se fue a descansar a la cabaña y yo me fui con Oliver a la suya. Me daba mucha impotencia que el pobre no pudiera hablar, que me imaginaba cual debía de ser la suya que era quien la padecía.

Nos echamos en el sofá, abrazados, sonriendo y besándonos.

Y terminamos ahí, haciéndolo como locos, la verdad es que soñaba con el momento de tenerlo dentro de mí, como si fuésemos uno.

Nos quedamos el resto del día en la cabaña y es que necesitábamos estar solos, los dos, sin más nada ni nadie.

Por la mañana se me puso la piel de gallina cuando lo escuché murmurarme.

—Buenos días, mi vida.

—Buenos días, me alegro de que ya no seas mudo —reí mirándolo.

—Yo también, cuando me pasa siento mucho dolor e impotencia, son cosas que me vienen desde la infancia, pero hacía muchos años que no me pasaba.

—Tranquilo, ya está todo bien.

—Me duele que no te hables con tu padre.

—Bueno, él se lo buscó, de todas formas, aunque sea un cabrón, es mi padre.

—Verás cómo todo se soluciona y si tengo que hablar con él...

—Tú calladito, que luego te enfrentas y te quedas mudo —me reí.

—No, no es así, es cuando hay una impotencia que me causa mucho dolor, no por hablar con alguien y no estar de acuerdo me pongo así —mordisqueó mi labio.

—Bueno, por si acaso —me lo comía a besos.

—Entiendo a tu padre, nos pilló en un momento que no debía y encima mi diferencia de años, estoy más en su edad que en la tuya.

—El amor no entiende de edad y yo lo puedo llegar a entender a él, pero eso no le da derecho a que me tenga que llevar de esa forma, ni a que no me deje ni siquiera explicarme o decidir por mis sentimientos.

—Tu madre es una heroína.

—Mi madre me demostró que sí que le importaba lo que yo sintiera o como me sintiera, la verdad es que me devolvió la vida y como bien dijo, si me tenía que equivocar, lo hiciera yo, eso se le quedó grabado de cuando me escuchó hablar con Zara.

—A tu padre también estoy seguro de que le importas, solo que necesita su tiempo.

—Pues tiene todo el verano —me reí.

—Bueno, hoy tengo que dar las clases, ya que recobré la voz, nos vamos a desayunar al restaurante y tú, también tienes que dar las clases. Por cierto, te las invito yo. Ayer le ingresé a tu padre el dinero íntegro del curso en su banco, no me he quedado ni lo primeros que estuviste.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque no quiero tener beneficios de nada que tenga que ver contigo —me dio un beso y a mí casi se me saltan las lágrimas, vaya guantada sin mano debió sentir mi padre cuando vio ese dinero devuelto.

Para mi ese gesto de devolverle el curso entero y estancia, me decía mucho de Oliver.

Capítulo 18



Nos encontramos en el desayuno con Jane. Eric, estaba sirviendo desayunos y Oliver le dijo que hoy impartiría él las clases.

Se fue un poco después a impartir las clases y en ese momento en el que me quedé con Jane, me llamó mi madre y me comentó por encima, cómo estaba todo.

Mi padre se dio cuenta de que Oliver le devolvió el dinero, se enfadó mucho con mi madre por haberme traído de nuevo, pero esta le recordó las locuras que hicieron de jóvenes, las trabas que le pusieron y que, con mi edad, ella ya estaba embarazada. Por lo visto, mi padre se fue a dormir sin contestarle.

Esta mañana se levantó y mi madre lo sintió entrar en mi habitación, donde ella había dormido sola y este le dio un beso en la frente pensando que ella dormía.

—Así que, hija, creo que ya se le está pasando.

—Me alegro mamá, me hace sentir mal en el jaleo que te metiste por mi culpa.

—Y me metería mil veces, me partió el alma escucharte hablar así y aunque lo hiciste porque estabas con mucho dolor e impotencia, sé que no lo sientes así y quieres a tu padre.

—Claro, una cosa no quita la otra.

Y noté a mi madre en un tono que era de verdad, no estaba intentando hacerme sentir bien, todo lo contrario, estaba feliz de saber que iba llevando a mi padre a su terreno, a la calma en la casa, eso sí, conmigo seguro que seguía tremendamente enfadado.

Me quedé un poco con Jane, charlando sobre eso, la pobre cuando se enteró por Eric de lo que había pasado, lo pasó mal.

Hable con Zara, que decía que en estos días vendría a verme y que se alegraba mucho de que mi madre hubiera sacado la cara de esa forma por mí.

Me dediqué a hacer el curso esos primeros días de la vuelta, a la vez que ayudaba en el bar, la tienda o dónde yo viera que hacía falta. Iba a mi antojo por allí y, además, por las noches disfrutaba de mi amor, ese que cada día se desvivía por mí.

Siete días después de yo llegar de vuelta, nos sentamos a tomar una piña colada en la arena, viendo el atardecer, la noche era preciosa e invitaba a ello y como al día siguiente no daba curso, dijimos de tomarnos unas copas ahí.

—La noche está perfecta... —dijo una voz que nos sobrecogió a los dos y que yo conocía. No era otro que mi padre.

—Papá... —Me giré asustada y lo vi con una copa en su mano.

—¿Cómo estáis? —dijo, mientras nos apartábamos y se sentaba en medio de los dos.

—Bien, gracias —respondió Oliver, en tono muy respetuoso—. ¿Y usted?

—Háblame de tú, por favor —el tono de mi padre era amigable, pero yo estaba a la expectativa.

—Quiero a su hija, sé que la edad...

—No me tienes que explicar nada, solo te pido que la cuides y que se lo pongas fácil para que termine su carrera.

—Claro.

—Papá, volveré cuando comiencen las clases de la universidad.

—Lo sé, hija y yo te traeré todos los fines de semana que hagan falta, o te vienes tú en el coche de mamá o mío, solo quiero que esto no te rompa lo que comenzaste con tanta ilusión —se refería a mi carrera—. Por lo demás, os pido disculpas por mi comportamiento y me alegro de tener una mujer como la que tengo y me haya plantado cara para que su hija sea feliz.

—Papá, gracias —me eché hacia el lado y le agarré el brazo, le di un beso en la mejilla y me dio un abrazo.

—En estos días vendré con mamá y la pequeña, me gustaría que comiéramos todos juntos.

—Por supuesto, esta es vuestra casa y podéis venir cuando queráis —murmuró Oliver.

—Ahora me voy, solo vine a por ese beso que echaba tanto de menos —dijo, levantándose y nos levantamos también.

Se despidió de Oliver con un abrazo y un “cuidala”, a mí me dio otro bien fuerte y me dijo cuánto me quería. Se marchó dejándome, llorando y emocionada como una niña pequeña.

Nos quedamos allí con una cara de tontos que no podíamos con ella, pero felices, felices porque hubiera dado ese paso y dejara el orgullo de lado, felices porque ahora sí no nos sentíamos unos prófugos en el amor.

Fuimos a buscar a Eric y a Jane, que estaban en la cabaña de esta, se lo contamos y se alegraron un montón, la verdad es que se quedaron a cuadros como nos quedamos nosotros, cuando lo escuchamos hablar mientras disfrutábamos de ese anochecer.

Nos quedamos con ellos un rato, Oliver fue a por cuatro copas y regresó sentándonos todos al pie de la cabaña.

Yo pensaba que quizás esto no era para siempre, pero que a mí me hacía sentir de una manera muy bonita, ese hombre me había enamorado y con él me sentía feliz, amada, querida y cuidada. Mientras esto durara, yo lo iba a disfrutar a tope y en el fondo esperaba que fuera un amor para toda la vida, porque yo me veía a su lado el resto de la mía.

Por la mañana llamé a mi madre, que ya mi padre la había puesto al día. Lloramos emocionadas y

le agradecí todo lo que había hecho por mí cuando más lo necesitaba y, como me dijo ella, era lo mínimo que podía hacer, era su hija, me amaba con locura y mis alegrías eran sus alegrías y mis tristezas eran el motivo para que ella me ayudara a salir de ellas.

Mi hermana no dejaba de meterse en la conversación diciendo que en unos días cumplía seis años, así que le dije a mi madre con disimulo que le podríamos preparar el cumpleaños aquí, en el bar y así lo celebraríamos todos juntos.

—Claro y llevamos a Zara.

—Sí, por favor —sonreí feliz.

La verdad es que tenía muchas ganas de ver a mi amiga, abrazarla, mirarla a los ojos, esos que tan bien entendía sin necesidad de palabras.

Mi pequeñita iba a cumplir seis años, los más bonitos de mi vida y es que desde que ella llegó, se convirtió en mi muñeca favorita, como yo le decía y ella esbozaba una sonrisa.

Los chicos me dijeron que, por supuesto, me ayudarían a prepararle un precioso cumpleaños para que jamás lo olvidara y yo ya estaba de lo más emocionada, esperando que llegara ese día para tenerlos a todos aquí y festejarlo.

Capítulo 19



Y llegó el día del cumpleaños de la pequeña, iban a venir mis padres con la niña, Zara y mis abuelos, así que estábamos de lo más felices en la playa y todos contribuimos a preparar el día.

Venía de lo más emocionada y corrió hacia mí, a abrazarme gritando que era su cumple.

Luego me abrazó Zara, mis abuelos y mis padres, todos venían con una preciosa sonrisa y a Oliver, lo saludaron con mucho cariño, mi padre hasta le dio un abrazo con una gran sonrisa.

Oliver cogió en brazos a la pequeña que lo miraba sonriendo y fuimos hasta el bar donde ya estaba todo preparado con globos, piñatas, un cartel de felicidades y una mesa en la que le pusimos todos los regalos que fuimos a comprar al pueblo más cercano.

Jane y Zara, se llevaban genial, ya que habían hablado muchas veces por teléfono. Mis abuelos estaban alucinando con todo lo que había montado Oliver en esa playa, decían que se iban a venir cualquier día un mes de veraneo, eran para comérselos.

Eric y James, habían hecho una gran paella y croquetas de marisco, además de ensaladilla y canapés, habíamos preparado una mesa larga para todos. La verdad es que se respiraba un buen rollo y una felicidad, que me causaba una tranquilidad impresionante.

Me hizo gracia porque Zara, no paraba de tener miraditas con James y no dejaba de decirme que ese hombre iba a ser para ella.

La pequeña no dejaba de mirar la mesa de los regalos a la que ya mis padres, abuelos y Zara habían añadido los suyos, así que estaba de lo más nerviosa por descubrir sus regalitos.

Mi padre y Oliver, no dejaban de charlar de la playa, mi chico le explicaba cómo comenzó todo y

le habló de su padre. Creo que se lo estaba ganando a pasos agigantados y eso me hacía muy feliz.

Me hacía gracia lo modosita que se ponía Jane, que parecía que no había roto un plato y congeniaba muy bien con mi madre, con la que no dejaba de charlar mientras le hacía burlas a la pequeña, sacándole muchas carcajadas.

Llegó la hora de la tarta y le hicimos soplar las velas mientras le cantábamos y ahí es cuando ya le dimos los regalos.

Le encantó todo, las muñecas, bañadores, ropita, joyas de Disney, obvio que, de plástico, pero para ella todo eso era lo más grande y es que esa niña era feliz con todo.

Me hizo gracia porque se comió la tarta, sentada en las piernas de Oliver, que no dejaba de hacerle caritas y ella se reía a carcajadas.

Mi padre no dejaba de hacerle gestos de cariño a mi madre. La verdad es que era una pareja extraordinaria, en ellos me quería reflejar en unos años junto a Oliver, que esperaba que lo nuestro fuese para toda la vida.

Pasamos una maravillosa tarde y por la noche hicimos una barbacoa, mi hermana pequeña decía que no se quería ir y Oliver, dijo que la dejaran allí con nosotros, se le iluminó la cara mientras cenaba.

Aceptaron, además, ropa y bañadores tenía del cumple, no le hacía falta nada más, lo peor de todo o mejor, es que Zara también se quedó, aunque esa, sí que traía una bolsa de ropa preparada.

Mis padres y abuelos se marcharon en torno a las once de la noche, los demás nos quedamos tomando copas y la pequeña se pasó todo el tiempo en medio de Oliver en la arena y él, abrazándola con una toalla.

Se quedó dormida, así que la metimos en la cabaña de Jane y seguimos de copas a los pies de esta, para ver si la niña se levantaba o algo.

Pasamos una velada de lo más bonita y el hecho de que mis padres hubieran dado normalidad a esto, pues como que era un alivio para mi cabeza.

Zara y la pequeña se quedaron en la cabaña de Jane, pues esta, se fue con Eric a la suya, así que nos despedimos todos y nos fuimos a dormir.

Mi hermana y amiga estaban en el bar desayunando cuando llegamos, se levantó corriendo para lo que yo creía que era abrazarme, pero no, se tiró a los brazos de Oliver, que la cogió al vuelo.

—¿Perdona? —pregunté mirándola—. ¿Desde cuándo antepones a Oliver a mí? —resoplé, poniendo mis manos a cada lado de mi cintura y sacando morros, ella se echó a reír en el hombro de él, la muy listilla.

Oliver me hizo un guiño sonriendo y nos sentamos, por supuesto, la niña encima de él, como si no hubiera sillas libres en el lugar.

Zara bromeó diciendo que ya no dormiría más con la niña porque roncaba.

—Pues yo me quedo con mi niña —dijo Oliver abrazándola y encima la cabronceta de mi hermana se reía ruborizada, anda que...

—Si ella es tu niña, ¿yo que soy? —protesté ante la risa de todos.

—Mi dolor de cabeza —me hizo un guiño y por poco se le atraganta la niña del ataque de risa y tos que le dio.

—Y Zara es tu aspirina —dijo la pequeña, sin ser consciente de la brutalidad que acaba de decir.

—Entonces ya me doy dos tiros —puse mi mano en la sien e hice como un disparo.

Lo que nos reímos era poco.

Al final se quedaron tres días que lo pasamos en grande, además, Oliver le dio a mi hermana unas cuantas clases de iniciación al surf. Ella estaba loca de contenta, decía que era surfera y que se iba a vestir como ellas.

El día que vinieron mis padres a por ellas, nos trajeron unos regalos para la cabaña, un juego de sábanas muy bonito, uno de toallas, unos cojines para el sofá, además lo habían comprado en una tienda de decoración que era una preciosidad.

Mi hermana se montó en el coche, dejándoles claro que otro día la tenían que traer para quedarse más días, la verdad es que se iba con una pena impresionante, había disfrutado como una enana, pero mis padres la echaban de menos y encima este, tenía unos días de vacaciones que quería aprovechar para estar con ella.

Me quedé con un poco ploff, había disfrutado de ellas mucho y otra cosa, mi amiga estaba babeando por James y este por ella, que yo tonta no era y ahí había habido más de una mirada de esas que no eran normales, vamos que lo tenía claro, que eso dos se habían gustado mutuamente y si se queda dos días más...

Capítulo 20



—Te voy a echar mucho de menos —dijo, cuando aún yo ni había abierto los ojos y besaba mi barriga.

—Aún falta una semana para que me vaya...

—Es la cuenta atrás y me pone muy triste —jugueteaba con mi entrepierna.

—Bueno, tampoco me voy a Europa ni a América —reír, en el fondo a mí me tenía de lo más triste y es que no me imaginaba mi vida sin él.

Lamió mi entrepierna y me agarré a las sábanas, cuando su lengua ya se movía a sus anchas.

Sabía cómo tocarme a la perfección, como llevarme a ese momento, como hacerme sentir la mujer más deseada del mundo y es que esos momentos de intimidad para mí eran como un vicio, me tenía totalmente atrapada y seducida.

Lo amaba, lo deseaba, lo quería con toda mi alma, disfrutaba con él en todos los sentidos, tomando un café, amándonos, cenando, mirando al mar... Lo era todo y encima como profesor de surf, me parecía de lo más sensual cuando me daba las clases.

Un día vino del pueblo y me dijo que había traído un regalito para mí, que luego me lo daba, yo pensaba que era algún objeto, lo que no imaginé es que había comprado unas velas aromáticas, unos aceites de masaje y es lo que hizo, poner todas encendidas y comenzar a masajearme con caricias que me hicieron vivir uno de los momentos más sensuales de nuestra relación.

Sus dedos hicieron que sintiera el mayor ardor de mi vida, de eso que quieres llegar al orgasmo, pero él no lo permite y te lleva a tener más deseo aún, hasta jugaba en la entrada de mi agujero y

me volvía loca, pero sin entrar, fue una noche que recuerdo que me dolían mis partes de la hinchazón que estaba cogiendo.

Por otro lado, había algo que, aunque no quisiera, pasaba, era la diferencia de edad, esa que a veces lo llevaba a actuar como un padre, tal cual, me reñía o me negaba algo y se ponía en total forma paternal, una cosa impresionante. Más de una vez por poco le tiro con la silla en la cabeza, me ponía de los nervios, pero me encantaba, para que voy a mentir.

Luego con eso de la diferencia de edad era como si yo a nada le viera el peligro o no comprendiera ciertas cosas, que ya comprendería con el tiempo, para matarlo, pero bueno, lo amaba y hasta en cierto punto lo entendía.

Para no dejar la cosa ahí, luego le salía la parte tierna en la que me trataba como a una niña, vamos como yo hacía con mi hermana, bromearle en plan infantil.

Y lo mismo pasaba con el sexo, hombre claro, eso no iba a ser menos, unos días le salía esa delicadeza de saber que yo era más frágil, o eso creía, así que ese día lo hacíamos con toda la ternura del mundo no fuera a que me fuese a romper, así mismo.

Otros días le salía esa vena de macho Alfa en la que ahí sí que se le olvidaba mi edad y la diferencia entre nosotros y me lo hacía con lujuria, de forma muy efusiva y pasional.

Por no decir las masters class, esas que eran a base de aceites y velas, en el que en el más absoluto de los silencios jugaba con mi cuerpo, me llevaba a sentir el dolor de querer llegar al orgasmo, mientras seguía poniéndome más ardiente y al límite, era una sensación brutal.

Por supuesto, lo hicimos en el mar, yo no sé si alguien nos vio o se dio cuenta, pero fue de madrugada, nos bañamos después de habernos tomado un par de piñas coladas y ahí lo hicimos como locos. Menos mal que yo tomaba las pastillas anticonceptivas para regularme el periodo, así que por esa parte estaba muy tranquila.

La verdad es que había sido un verano maravilloso en el que no faltó de nada, por no faltar, no faltó ni que en más de una ocasión dejaran a mi hermana tres días por aquí, también venía Zara, que se traía un tonto y un calentamiento que no veas, pero no lo reconocía, me llamaba loca y decía que veía cosas donde no había nada, en fin... Yo que me chupaba el dedo.

Mis padres adoraban a Oliver, pero literal, se los fue ganando a base de gestos y de demostrarles que él, no era una mala opción para su hija. En el fondo, siempre pensaba que mi padre creía que esto no iba a durar, pero, poco a poco, le fui viendo esa parte donde se había dado cuenta de que había estado equivocado.

Jane y Eric, adoraban a mi hermana y hasta se la llevaban a dormir con ellos en alguna ocasión, a ellos su relación les iba viento en popa y ella decía que lo mismo ni volvía más, que se quedaba allí, además, ella tenía dinero de una herencia y poco le hacía falta.

La vida en la playa era tranquilidad, paz, un chute de buena energía constante y te liberabas de ese mundo superficial que había ahí fuera que, aunque tenía su parte buena, tenía la mala y es que te alejaba de vivir en paz, sin estrés, en un entorno saludable y que te sacaba de las pretensiones y lujos que había al otro lado.

Yo tenía claro que quería acabar mi carrera, me faltaban dos años y no los iba a tirar por la borda, estaría entre semanas allí y vendría aquí todos los fines de semana, por no hablar de las vacaciones, que me las pensaba tirar aquí y sin moverme.

Lo hacía por mí y también por mis padres, les tenía que demostrar que el amor aunque estuviera a distancia y con diferencia de edad, no tenía por qué cortar aquello que me quedaba por terminar y que seguía siendo la misma niña responsable de antes, la única diferencia es que ahora estaba enamorada de Oliver y de aquel lugar que se sentía totalmente libre y eso era el valor que ahora mismo le daba a la felicidad, vivir en libertad.

Ese había sido mi verano ahí y ahora me encontraba a puertas de regresar, pero había sido el verano de mi vida, en el que había amado y disfrutado a partes iguales, en el que me había sentido como nunca antes. Las noches, los amaneceres, el contacto con el mar y el andar descalza todo el día, tonterías que no tenían precio y eran el valor más grande del mundo.

Capítulo 21



Me preparé un batido de chocolate y me senté en la puerta de la cabaña, veía a lo lejos a Oliver, montando un turno extra que tenía ese día a primera hora.

Mi último día y mi última noche en aquel lugar, eso era lo que pensaba mientras lo miraba y es que al día siguiente regresaba a Melbourne.

Jane se acercó al verme y me abrazó, sabía por lo que estaba triste, me entendía como nadie, había vivido lo nuestro de primera mano.

Nos bajamos a desayunar y Eric, intentaba hacerme bromas para que me riera, pero me costaba, lo hacía con fragilidad y es que mi corazón estaba ahí y mi cuerpo tenía que irse.

Esa mañana me la pasé mirando cómo daba las clases, hacía tres días que yo ya había dejado de darlas. Entraba a surfear con él por las tardes, los dos, así lo hicimos durante el verano en muchas ocasiones, solos o a primera hora de la mañana también, cuando no solía haber nadie.

El surf era parte de mí, lo tuve claro desde aquella primera ola que pillé y que me salió bordada, además, ya tenía mi propia tabla, me la regaló Oliver y personalizada, debajo tenía mi nombre con unas flores hawaianas al lado, era preciosa, en tonos rosa, verde, amarillo y celeste.

Oliver me regaló la camiseta de licra y el traje de neopreno, así que tenía mi propio equipo, que se quedaría allí para cada vez que fuera, eso sí, le advertí a Oliver que, si algún día me dejaba, vendría a llevármelo, que para eso era mío. Se enfadaba cuando le decía esas cosas y es que, según él, me quería para toda la vida.

Esa tarde no tenía clases, quería pasarla conmigo, así que cuando terminó las de la mañana, se vino al bar para comer conmigo y estuvo haciéndome caricias todo el tiempo.

—No te quiero ver triste, solo estaremos unos días sin vernos.

—Bueno, sin vernos no, que te pienso acribillar a videollamadas.

—Me parece perfecto, asumo el castigo...

Y claro que lo iba a llamar, todas las noches y un buen rato, a mi este me tenía que pasar el parte del día.

Tras la comida nos fuimos a la cabaña y nos metimos en la cama, teníamos ganas de estar a solas y disfrutar el uno del otro, así que comenzamos a besarnos y a decir todo con las miradas, esas que terminaron encendiéndonos para ponernos a hacerlo. Teníamos demasiados deseos contenidos ese día y había que ir librándose de ellos.

Me encantaba estar desnuda y pegada a él, sentir su piel contra la mía y esos brazos fuertes rodeándome, mientras me agarraba a ellos.

Estuvimos toda la tarde ahí y por la noche cenamos con Eric y Jane, tocaba hacer la última cena de ese verano que para mí ya acababa y daba paso a estudiar y volver a la rutina.

Jane no dejaba de cogerme la mano y acariciármela, la verdad es que esa chica me había ganado por completo y ya era una parte importante de mi vida, la quería con locura, teníamos una complicidad muy grande y además me hacía reír una cosa increíble.

Después nos fuimos a charlar a la arena, nos habíamos llevado unas copas y es que esa noche había que despedirse a lo grande.

A Oliver se le veía triste, quería disimularlo, pero como yo, no podía y es que una parte de nosotros se dividiría al día siguiente.

Esa noche volvimos a hacerlo como si el mundo se nos fuera en ello y no una vez, sino dos, así estábamos de intensos, además de tristes, es que era una mezcla extraña.

Nos costó la vida coger el sueño...

Por la mañana nos levantamos y vuelta a hacerlo, sabíamos que era la última hasta vernos la próxima vez, solo nos faltó llorar mientras gemíamos de placer.

Nos fuimos a desayunar al bar con Jane, esta pobre no dejaba de llorar diciendo lo mucho que me iba a echar de menos, lo mismo que sentía yo, los iba a echar a todos mucho de menos y es que se habían convertido en mi otra familia, esa que había llegado pisando de lo más fuerte.

La verdad es que, sin ellos, esos dos meses no habrían sido lo mismo, quizás hubiera congeniado con otros alumnos, pero no hubiese sido igual. Esta magia que nos envolvió a todos hizo que todo se transformara en especial y diferente, por ellos amé esta vida, ni más ni menos, pero, sobre todo, por Oliver, la persona que me ha enseñado que el amor no entiende de edad ni de forma de vida, que cuando amas a alguien todo se vuelve una fiesta y un paraíso.

Cuando llegó mi padre a recogerme el corazón me dio un vuelco, me abracé a él llorando cuando se acercó a mí.

—No llores que tendrás playa para rato, vas a venir constantemente, hija.

—Ya lo sé, pero me da mucha pena.

Me fui despidiendo de los chicos, dejé para el último a Oliver, que nos apartamos y nos fundimos en un abrazo lleno de lágrimas, en el que nos dijimos cuanto nos queríamos y el futuro que nos esperaba por delante.

Me costó un mundo apartarme de él, mi padre aprovechó para ir metiendo todo en el coche y dejarnos esos últimos minutos solos, esos que necesitábamos para hacer un repaso al corazón y transmitir todo aquello que por mucho que quisiéramos no se podía, pero que los dos sabíamos lo que había y lo que queríamos, eso por lo que íbamos a luchar, por tener la mejor de las relaciones aunque fuera en la distancia.

Todos salieron a aplaudirme, James, Eric, Jane, el chico de la tienda, todos lo hicieron mientras yo me iba alejando en el coche diciéndole adiós con la mano y echa un mar de lágrimas, esas que me salían del corazón al ver cómo iba perdiendo de vista el lugar que se quedaba con una gran

parte de mí.

Y así me pasé todo el viaje de vuelta mientras mi padre intentaba consolarme y hacerme ver que ahora comenzaba la cuenta atrás para volver a verlo, eso me sacó una sonrisa y es que, visto así, hasta recobraba emoción.

Y si, comenzaba la cuenta atrás y la comenzaría cada vez que nos tuviéramos que separar, porque a pesar de eso, sabíamos que nos volveríamos a ver para seguir disfrutando de aquello que se había formado entre nosotros y es que no era más que un amor de verdad...

Capítulo 22



El verano había llegado a su fin, yo regresé a casa con mis padres y Oliver, haciendo honor a su palabra y la promesa que le hizo aquella noche a mi padre, no se interpuso a que retomara los estudios.

Apenas me quedaban dos años de carrera, así que me esforzaría al máximo en sacarlos adelante y que mi padre viera que no me distraía en absoluto.

Además, solo estábamos a cien kilómetros de distancia, eso en coche era un paseíto de nada, algún fin de semana que no tuviera mucho que estudiar, podría irme a la playa con él.

—Buenos días, señorita surfera —me dijo Zara, nada más verme para irnos a la universidad.

Era el primer día de clases de ese nuevo curso y, como siempre desde que nos conocíamos, hacíamos el camino juntas.

—Buenos días, guapísima. ¿Preparada para un nuevo año de hincar codos?

—Calla, no me agobies que ni he pisado la clase todavía —rio.

—Anda, no te quejes, que luego sacas unas notazas que no veas.

—Ya, ya, y te hago de profesora a ti también, ¿eh?

—Sí, sí, esa costumbre no hay que perderla.

—Bueno, ahora ya tienes tu propio profesor, ese te va a dar clases particulares los fines de semana.

—Mira quién fue a hablar. ¿Vas a contarme algo sobre James, o tengo que imaginármelo yo solita?

—No hay nada que contar, hija.

—Pues menudas miraditas os lanzabais el uno al otro. Ahí hay tema, maja.

—Lo que tenga que ser, será. Él está allí, yo aquí...

—Claro, claro, como vivís cada uno en la otra punta del mapa... Anda que, ya te vale. Yo tampoco tengo aquí cerquita a Oliver.

—Pero ese es tu novio ya de forma oficial. Bueno, vamos a centrarnos en los estudios, que, si te desvías del camino, a tu padre le da un infarto.

—Cómo lo sabes —reí.

Y así fue como empezaron las clases del nuevo curso, ese que con tanto entusiasmo había empezado tres años atrás y que deseaba acabar para dedicarme al turismo de manera oficial y profesional.

Los días avanzaban rápidos, por las mañanas iba a clase y por las tardes estudiaba, en mi casa o en la de Zara, como siempre, intercalando nuestras vidas con ambos padres.

Seguíamos ayudándonos mutuamente, eso nunca fallaría, ella estaba para mí, y yo para ella.

No había día que Oliver, no me escribiera para darme los buenos días, las buenas noches, o una tarde para saber cómo me iban los estudios.

En ese sentido, los días se me hacían largos porque apenas lo veía.

Alguna noche me sorprendía con una videollamada, y nos quedábamos cada uno en nuestra cama hablando un par de horas.

Le echaba de menos, y es que me había acostumbrado a dormir y despertarme con él, así que los primeros días sola en mi habitación se me hicieron un poco extraños.

Oliver: *Buenos días, mi vida. Espero que hoy te sea leve en las clases. Te echo de menos, a ver si tienes pronto un fin de semana tranquilo y desconectas aquí en la playa.*

Si es que era más mono... Para comérselo, vamos.

No sabía cómo me animaban esos mensajes, iba a las clases con un chute de energía brutal.

—Buenos días, cariño —mi padre me abrazó y besó mi frente cuando entré en la cocina.

—Buenos días, papá.

—¿Las clases, bien?

—Ajá, perfectamente. En un par de semanas tengo exámenes, así que este fin de semana y el próximo, a estudiar mucho con Zara.

—Eso está bien —me cogió por los hombros y me miró fijamente con una sonrisa—. Estoy muy orgulloso de ti, hija, muy orgulloso.

Sonreí y en ese momento entraban mi madre y mi hermana.

La pequeña de la casa estaba de lo más feliz, y es que en el cole les habían pedido que hicieran una historia sobre el verano con fotos en un mural, y ahí estaba preparado en varias cartulinas.

Estaba entusiasmada por poder contarle a sus compañeros de cole que había hecho surf, a su manera, por supuesto, con su hermana y el profesor Oliver.

—Amy, ¿me llevas esta tarde a comer gofres? Me apetece —me pidió, sentándose a mi lado para el desayuno.

—Claro, así aprovechamos Zara y yo, para comprar algunas cosas para las clases.

—¡Bien!

Adoraba a mi hermana, era una niña de lo más buena y, además, se conformaba siempre con tan poco, que con cualquier cosa ella era feliz.

Llegó el fin de semana y ahí que estábamos Zara y yo, encerradas en su habitación estudiando, apenas paramos para comer e incluso apagamos los móviles para concentrarnos bien y sin interrupciones. Le pedí a Oliver que no se asustara ni se preocupara, que, si tenía algo urgente que decirme, podía llamar a casa y mis padres me avisarían enseguida.

Pero dijo que no me interrumpiría, bien sabía él que quería acabar este curso y el siguiente, con unas buenas notas para que me mi padre no nos pusiera ninguna pega.

Ni yo quería que me dijera que había desperdiciado esos dos años, ni que a él le reprochara que me había estado distrayendo y apartándome de los estudios.

—Necesito un descanso —dijo Zara, poco antes de la cena—. Voy a pedir unas pizzas y nos las tomamos aquí tranquilas. ¿Qué te parece?

—Perfecto, porque además tengo hambre —y en ese momento escuchamos un buen rugido salir de mis tripas que nos hizo doblarnos de la risa.

—Chica, ahí dentro tienes una leona, no fastidies.

—Pues pide, pide las pizzas antes de que te coma a ti —le dije, señalando la puerta de su habitación, por donde salió para ir a llamar desde el teléfono de la cocina.

Aproveché para mandarle un mensaje a Oliver, solo le dije que estaba a punto de cenar y que tenía tanta temática metida en la cabeza, que no sabía cómo no me había estallado.

Oliver: *Tranquila, que antes de que te des cuenta, se habrá acabado el curso.*

Me despedí de él y, cuando llegó Zara con las pizzas, apagué de nuevo el móvil, cenamos y

retomamos todo el temario que teníamos que estudiar.

Deseando estaba de que llegara la semana de exámenes para después tener todo un fin de semana libre de descanso.

Pero sí, como bien me había dicho Oliver, antes de que me diera cuenta se habrían pasado los días, las semanas, y estaría a punto de acabar ese tercer año de carrera.

Solo había algo que me preocupaba, y era que Oliver se cansara de todo esto y... me acabara dejando.

Capítulo 23



—¡Al fin! —gritó Zara saliendo de clase ese viernes—. Se acabaron los exámenes, menos mal.

—Sí, ahora toca esperar a que nos digan cuando caen los próximos.

—¿Te quieres relajar un poco, Amy? Por Dios, acabamos de terminar estos, y ya están pensando en los próximos. Chica, que, por mucho que quieras correr, el curso no va a terminar tan pronto.

—Ya lo sé, boba.

Estábamos llegando a la puerta de salida del edificio, cuando notamos mucho revuelo.

Todo el alumnado estaba cuchicheando, incluso había quien se mostraba de lo más sorprendido. Zara y yo nos miramos sin entender nada, hasta que salimos a la calle y...

—¡Oliver! —grité al verle apoyado en el coche, con vaqueros, camiseta y las gafas de sol.

Desde luego, todo el mundo le había reconocido, y no era para menos, aquel rubio era el surfero por excelencia de Australia.

Cuando estaba a unos pasos de él, solté las cosas, que cayeron al suelo, él extendió los brazos con una sonrisa y me lancé a ellos.

Me importaba bien poco en ese momento estar en la universidad y que nos viera todo el mundo, hacía mucho que no nos veíamos y le había echado tanto de menos, que ni pude ni quise evitar besarle como deseaba.

—Menuda bienvenida —sonrió sin bajarme.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me dijiste que vendrías?

—Quería darte una sorpresa —me dio un beso en la nariz.

—Pues lo has logrado, sí —reí.

—Oliver, la que has liado, rubito —dijo Zara, la miré cuando Oliver me dejó en el suelo y estaba sonriendo.

—No sé por qué —se encogió de hombros.

—Por nada, por nada —contestó ella.

—Venga, sube que te dejo en casa antes de ir a la de Amy.

Oliver le abrió la puerta de atrás y a mí la del copiloto. Subimos y en el camino me dijo que había venido a recogerme para que me fuera a pasar el fin de semana con él en la playa, que me había ganado un descanso después de esas semanas de estudio intensivo, pero que antes nos quedaríamos a comer con sus suegros.

—Las hay con suerte, que te relajés bien, amiga —Zara bajó del coche sonriendo.

—¿Te apuntas a un fin de semana de playa y copas, Zara? —le preguntó Oliver, y yo me quedé alucinada.

—¿En serio?

—Claro, te dejo una cabaña para ti sola —le hizo un guiño.

—¿Y cuándo dices que me recoges, cuñadito?

Ambos soltamos una carcajada y Oliver le dijo que fuera preparando la mochila que, en cuanto acabáramos de comer, pasaríamos a recogerla.

Mis padres le recibieron con un abrazo de lo más cariñoso, y es que ellos sabían que ese viernes acaba lo exámenes y estuvieron de acuerdo con él para que me diera esa sorpresa.

—¡Oliver! —Ruby se lanzó a sus brazos y él se la comió a besos, otro que había caído rendido a los pies de mi hermanita.

Y no era para menos, la tenía como si fuera su hija, igual que yo.

Mi padre me dijo que, si a ellos les pasaba algo alguna vez, Dios no lo quisiera, estaba tranquilo porque sabía que sus dos tesoros estaban en buenas manos. Le había costado, pero a Oliver le tenía en gran estima además de mucho cariño.

Terminamos de comer, metí algo de ropa en una bolsa y fuimos a recoger a Zara, que estaba encantada de irse con nosotros esos días a pasarlos desconectado de los estudios.

En cuanto llegamos fuimos primero a su cabaña a dejar mis cosas y después a una de las que tenía libres para que se quedara Zara.

—¡Amy! —gritó Jane al vernos aparecer por allí.

Nos dimos un abrazo de esos que tanta falta nos hacía a las dos, y me miró como si estuviera soñando.

—¿Has venido para quedarte? Así no me sentiré tan sola.

—No, solo ha pasar el fin de semana. Pero ¿cómo es eso de que te sentirás sola?

—Chica, que me he venido aquí definitivamente. Vivo en la cabaña con Eric y James. Eso de estar viniendo los fines de semana y demás, es un rollo. Así que, me quedo ya aquí definitivamente.

—Pues me alegro mucho, que así cuando venga, podremos charlar y surfear.

—Eso, y yo os miraré desde la playa tomando el sol —dijo Zara.

Ella y Jane se abrazaron, dejamos las cosas de mi amiga en una de las cabañas y fuimos al bar donde saludé a Eric, que me recibió con un besazo en la mejilla y un abrazo.

—Colega, que es mi chica —protestó Oliver, pero lo hacía bromeando, bien sabía él que Eric no tenía ojos para nadie que no fuera Jane, esa jovencita que, enamorada como estaba de ese surfero, había dejado todo por estar con él.

Esa noche cenamos los seis, puesto que James también se unió a nosotros, una carne a la brasa que Oliver preparó, tomamos unas copas y después cada uno se fue a su lugar de descanso.

Ni tiempo me dio a entrar en la cabaña, que ya tenía a Oliver cogiéndome en brazos y llevándome a la cama donde, entre besos y caricias, se deshizo de mi ropa y la suya y acabamos haciéndolo bajo las sábanas con esa mezcla de cariño, amor y deseo que llevábamos aguantándonos tanto tiempo.

El sábado notaba a mi amiga Zara de lo más cortada, y es que James no dejaba de buscarla. Desde luego que entre esos dos acabaría pasando algo, me lo veía venir, tanta miradita... así empezamos Oliver y yo.

Y no me equivoqué, esa noche, después de cenar y mientras tomábamos unas copas, James cogió a Zara para bailar con ella y al final...

—¡Vaya beso, madre mía! James, ¿por qué no te fijaste en mí cuando vine, guapetón? —soltó Jane, que esa no se guardaba una.

—Preciosa, me voy a poner celoso, y no quiero pegarme con un colega, casi un hermano —rio Eric.

—¡Ay, mi bombón! Si bien sabes tú que, desde que te vi, sabía que eras mío.

Aquello nos hizo reír a todos, que sabíamos los inicios de aquella pareja, yo esperaba que duraran muchos años.

Miré a Zara, que estaba más roja que un tomate, le sonreír y me devolvió el gesto.

Aquello tenía pinta de acabar tan bien como lo mío con Oliver, igual que lo de Jane con Eric.

Una playa, tres surferos, Cupido y el amor está en el aire.

Menudo argumento para una película de sábado después de comer.

Oliver me pasó el brazo por los hombros, me besó la frente, y supe que ese era el lugar en el que quería pasar el resto de mi vida.

Capítulo 24



—¡Navidad, Navidad, dulce Navidad! —canturreaba Zara, mientras servíamos una taza de chocolate con bizcocho para cada una.

Sí, ya estábamos en diciembre, con ese ambiente navideño que lo inunda todo, las casas, calles, ciudades y, al fin teníamos vacaciones.

El curso me iba genial, mejor imposible, todo con unas notas que tenía a mis padres y a Oliver, de lo más orgullosos de mí.

Oliver... El hombre que me daba la vida cada día, aunque estuviera lejos, nada impedía que sus buenos días y buenas noches, me llegaran como si me las diera en persona.

—Vamos a brindar, Amy —dijo Zara, levantando su taza.

—¿Con chocolate caliente? ¿En serio?

—Y tanto. Venga, arriba esa taza, mujer.

—Vale —volteé los ojos y levanté la taza.

—Por nosotras, las dos estudiantes más brillantes de nuestro curso, por lo bien que lo estamos haciendo, el esfuerzo que merece la pena y, sobre todo, porque somos unas suertudas con dos pedazos de novios.

—¡Olé ahí!

Chocamos las tazas y dimos un sorbo.

—¡La madre qué me parió! ¡Cómo quema! —gritó, sacándome una carcajada— No te rías, asquerosa, que me he quemado la lengua. Joder, qué dolor —dijo hablando cómo podía.

Y sí, habló de nuestros novios porque ella y James, al final habían empezado algo muy bonito, tanto como Oliver y yo.

Esos meses, como decía mi amiga, nos habíamos esforzado al máximo en los estudios, dejándoles claro a nuestros padres que íbamos a sacar la carrera a base de sacrificios, sudor y noches en vela.

Los padres de Zara habían conocido a James, y es que, un día que Oliver vino a recogerme para pasar el fin de semana juntos, James se presentó con él por sorpresa y se autoinvitó a casa de mi amiga a comer. Sus padres acabaron encantados con su yerno y ahora le invitaban muy a menudo a comer con ellos.

Oliver me presentó a su padre, Max, un hombre que, a pesar de no ser su padre biológico por lo que me contó mi chico, una noche que se sinceró conmigo y me habló de su vida, era tan parecido a Oliver, en la forma de ver la vida, en los valores que tenía, que se había ganado mi cariño automáticamente y no digamos el de mis padres, y eso que apenas era una década mayor que ellos.

Era el día de Nochebuena, y estaba haciendo la tradicional merienda con mi amiga antes de volver a casa y ayudar a mi madre.

Pasamos la tarde charlando y, tras desearle a ella y a sus padres una feliz noche, regresé a la mía.

—¿Qué tal vuestra merienda, cariño? —preguntó mi madre en cuanto entré.

—Genial, como siempre. Voy a cambiarme y pongo la mesa.

—Muy bien.

Ni una hora después ya estaba todo listo y organizado, mi padre estaba terminando de preparar el marisco y yo de vestir a Ruby, que se moría de ganas por ver a Oliver, además de a su padre, que ya era uno más de la familia y organizábamos muchas comidas los seis juntos.

Acabábamos de entrar al salón cuando llamaron al timbre, y ahí que fue mi hermanita corriendo a abrir.

—¡Oliver! —Mi chico la cogió en brazos, levantándola en vuelo como a ella le gustaba, y a mí me salió esa sonrisilla de siempre.

—Algún día, será un buen padre —murmuró mi madre a mi espalda.

Me giré y me hizo un guiño. Volví a mirar a Oliver, y lo vi, en ese momento fui consciente de ello.

Le gustaban los niños más de lo que podría haberme imaginado, y se le caía la baba cada vez que estaba con mi hermana.

—Amy, estás preciosa, hija —Max, me dio un abrazo y después saludó a mis padres.

—Hola, mi vida —Oliver me pasó el brazo por los hombros, llevándome a su pecho y sin soltar a Ruby, me besó y me miró con ese amor que desprendían sus ojos.

—Ya te echaba de menos.

—Y yo a ti, pero pasado mañana nos vamos unos días a la playa. Volveremos para Fin de Año.

—Vale —sonreí, y es que no pensaba que fuéramos a pasar allí las vacaciones de Navidad.

Mis abuelos llegaron poco después y fueron repartiendo besos y abrazos a todos. La verdad es que, a pesar de ser tan mayores, no veían con malos ojos mi relación con Oliver. Ellos decían que, si me quería y cuidaba tanto como lo hacía mi padre, no podía ser mal hombre.

Le tenían muchísimo cariño y él, les había invitado a pasar una semana en una de las cabañas el mes anterior, disfrutaron tanto de esa paz y descanso, que aseguraron que serían clientes VIP todos los veranos.

Era para comérselos, de verdad que sí.

Ruby no quería separarse de Oliver, pero de Max tampoco, y es que ambos la tenían como a una reina, era su niña y la consentían en todo lo que podían y mis padres no se molestaban, todo lo contrario.

—Me encontré a Santa Claus por el camino —dijo Max, después de cenar— y me dio unos regalitos. Los tengo en el coche, ahora vuelvo.

Miré a Oliver, que se encogió de hombros mientras sonreía.

—No era necesario, y lo sabías —le dije.

—¿Qué querías que hiciera? —contestó.

Cuando entró Max, casi nos da algo al verlo con tantas bolsas. Fue repartiendo para todos. Un perfume para la abuela, herramientas nuevas de jardinería para el abuelo, y es que ese era su hobby y con lo que más se relajaba. Un reloj de una firma muy conocida para mi padre, unos pendientes a juego con la gargantilla para mi madre. Y a Ruby, la cogió en brazos para llevarla fuera, donde les seguimos todos.

—¡Mami, mira! ¡Una bicicleta nueva! —gritó ella, emocionada, comiéndose a Max a besos. Ese hombre la tenía como si fuera una nieta.

—Ya lo veo, cariño. Es preciosa.

—¡Sí! Mañana me lleváis tú y Oliver al parque a montar, ¿vale, Amy?

—Claro que sí, mi niña.

De regreso a la casa, Max sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y se lo dio a Oliver.

—Sé que nunca has querido que te diera dinero, tú querías conseguirlo todo por ti mismo y estoy orgulloso de lo que lo hicieras, pero, ahora, no estás solo, hijo, Amy es parte de tu vida y quiero regalaros esto.

Oliver abrió el sobre y, cuando vi el cheque, casi me muero. Ahí había más ceros que en las notas de un mal estudiante.

—Papá, sabes que no puedo...

—Lo sé, pero quiero que lo cojas. Guárdalo para cuando creas que debes usarlo, hijo. Es para los dos, así que, si Amy lo necesita alguna vez, no tenéis que tirar de vuestros ahorros.

—Muchas gracias, papá.

Oliver y Max, se fundieron en un abrazo, y después fui yo quien me cobijé en sus brazos.

—Gracias, Amy, por hacer que mi hijo dejara de temer aquello que él mismo había temido toda la vida.

Sabía a qué se refería con eso, y es que, como bien me contó el propio Oliver, tenía miedo a enamorarse porque no quería perder a la mujer que amara, como le pasó a él.

Pero, a veces, los miedos infundados, se van de la mano de quien menos esperas.

Capítulo 25



Por fin, acabé el curso, con unas buenísimas notas, y me iba a pasar el verano a la playa con Oliver.

Por supuesto Zara se venía conmigo, ella tampoco quería perderse esos meses de sol y playa.

—¿Puedo ir con vosotras, Amy? —preguntó Ruby, con una carita de pena que me mataba.

—Cariño, ya sabes que papá y mamá son quienes te tienen que dejar —contesté, mientras terminaba de hacer las maletas.

—Pero, Amy, Oliver me quiere mucho y me cuida, no le va a importar que vaya unos días. Por favor...

Me estaba costando un mundo no hablar y decirle la verdad, que se venía esa primera semana conmigo a la playa, pero era un secreto que no podía revelar hasta que llegara Oliver a recogernos a Zara y a mí.

—Ve a preguntarle a papá y si te deja, hacemos tu maleta.

—¡Vale! —Salió corriendo y en ese momento entró mi madre.

—Ya estaba pidiendo que la llevaras, ¿verdad?

—Cómo lo sabes. ¿Está lista su maleta?

—Sí, en mi habitación —contestó con una sonrisa.

Me ayudó a bajar las mías y vi a mi hermana sentada en el salón, en el sofá de enfrente del de mi padre, hablando bajito y asintiendo, mientras movía las piernas.

Al verme, vino con ese rostro de saber que no podía venirse, pero que algo le había prometido mi padre.

—No me deja, pero dice que, la semana que viene, me lleva unos días —se encogió de hombros.

—Genial, pues te estaremos esperando allí los dos —la abracé y ella se aguantó las lágrimas.

—Vale.

Fue a la cocina a sentarse, y es que, cuando estaba triste, ese era el rincón favorito de la casa donde se quedaba un rato sola.

Oliver llegó poco después, junto con Zara pues había pasado a recogerla a ella antes y me saludó con un beso de esos que prometen tantas cosas sin necesidad de hablar.

—¿Lista?

—Sí, pero tu cuñada está triste —dije, a sabiendas de que Ruby nos escuchaba.

—¿Y eso? —sonrió, haciéndose como el que no sabía nada.

—¡Porque no me deja ir mi papá! —contestó ella, gritando desde la cocina.

—¡Vaya, hombre!

Oliver fue a verla, y yo lo seguí mientras mi madre iba por su maleta.

—Dice que me lleva la próxima semana —estaba sentada en la silla, con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza sobre ellos, había llorado, aunque ahora no lo hiciera.

—Pequeñaja, tú tranquila que la playa no se va a mover de allí, además, cuando vayas, te estará

esperando una sorpresa —Oliver le hizo un guiño.

—¿Qué sorpresa? —Se incorporó en la silla con los ojos muy abiertos.

—Si te lo digo, ya no será una sorpresa. Tú solo espera unos días, ¿lo harás por mí?

—Vale —asintió mientras hacía un puchero que nos estaba partiendo el alma a todos.

—Ruby, ¿esa maleta no es tuya? —preguntó Zara, que también estaba en el ajo de ese asunto.

Mi hermana miró hacia el pasillo y, al verla, sonrió sin entender.

—Sí —se puso en pie, la fue a coger, pero claro, estaba llena y pesaba— ¿Mami?

—Cariño, quiero que te portes bien, y que hagas caso en todo a Amy, y Oliver, incluso a Zara, James, Jane y Eric, ¿me lo prometes?

—Eso es que... ¿puedo ir con ellos?

—Claro que sí, hija —contestó mi padre y ella se lanzó a sus brazos llorando.

—Gracias, papá.

Nos despedimos de ellos y emprendimos el viaje hacia ese paraíso en el que, sabía, iba a volver a vivir los mejores días de mi vida.

Nada más llegar, los chicos y Jane, nos recibieron con besos y abrazos, dejamos nuestras cosas y fuimos a comer al bar.

Zara se instalaba en la cabaña de James, con Eric y Jane, Ruby se vino a la nuestra, donde Oliver, le había preparado una camita en el salón.

Esa primera semana, mi hermana estuvo turnándose para dormir con nosotros en la cabaña y en la de los chicos, ya que ellos nos dejaban que tuviéramos nuestros momentos de intimidad para

perdernos entre las sábanas.

Pero no solo ahí, sino también en el mar, donde lo hicimos de nuevo como aquella primera vez antes de despedirnos cuando nos conocimos, un año atrás.

Pasé el verano surfeando con Oliver, que también enseñó a mi hermana, pues decía que quería aprender a hacerlo tan bien como yo, incluso como él, y no tener que depender de alguno de nosotros para subirse a una tabla.

Los días iban pasando y mis padres al final dejaron un mes entero a Ruby con nosotros, después se la llevaron con ellos de viaje para conocer Disneyland París.

Durante ese segundo verano en aquella playa de la que estaba completamente enamorada, ayudé en el bar, en la tienda, a preparar las tablas para las clases y, alguna que otra vez, le ayudaba a impartirlas, aunque esas eran las pocas, prefería que fuera Eric quien lo hiciera, mientras yo me encargaba de atender el bar.

No hubo una sola noche que, los seis, tomáramos una copa frente al mar, con una hoguera encendida mientras charlábamos y hacíamos planes sobre un futuro.

Y fue la noche anterior a la vuelta a casa de Zara y mía, cuando Jane nos hizo reír con sus declaraciones.

—Pues, que sepáis, que aquí mi surfero bombón y yo, seremos los primeros en traer niños a este paraíso.

Eric escupió el trago que acababa de dar a su copa, le entró la tos y tuve que darle unos golpecitos en la espalda para que no se ahogara.

—¿Qué has dicho, preciosa?

—Me has escuchado perfectamente, Eric, que no estás sordo.

—Sí, sí, solo quería confirmarlo. Esto... ¿estás embarazada?

—No, de momento. Por qué, ¿te habría gustado?

—Hombre, pues me habría hecho ilusión, sí.

—Me alegro, porque quiero tener a mis gemelos el año que viene.

—¿Gemelos? —preguntamos todos a la vez.

—Pues claro, como mi padre, que tuvo un hermano gemelo. Y, además, sé que serán niños, dos surferos preciosos, que se enamorarán de vuestras hijas —nos señaló a Zara y a mí.

—Ah, que sabes que tendremos hijas.

—Sí, vuestra primogénita será niña, y con el tiempo tendréis... —Se quedó mirándonos con los ojos entrecerrados unos segundos, iba de una a otra y vuelta a empezar, hasta que habló de nuevo — Zara, tú tendrás otra niña, lo siento James —hizo un gesto con la mano, como si le quitara importancia al asunto.

—Vaya, no pasa nada —contestó él, sin perder la sonrisa.

—Amy, tú y Oliver, sí que tendréis un rubio que será todo un conquistador y triunfador como su padre y se enamorará de la segunda niña de Zara, a la verá cómo su pequeña a la que proteger.

—O sea, que voy a tener una hija muy pronto, y otra mucho más tarde —rio Zara.

—Sí. Acordaros bien, que no fallo en mis predicciones —nos hizo un guiño y vuelta a reír.

Predicciones... lo que había que escuchar de esa loca de Jane.

Capítulo 26



Ya era, oficialmente, una ex universitaria.

Sí, había acabado la carrera de turismo y no tendría que volver a ver un libro nunca más.

A ver, se entiende que libros sobre la carrera, porque lo que son para lectura y pasar el tiempo libre, siempre que no estuviera haciendo surf y charlando con las chicas, obviamente.

Verano de nuevo, y me esperaba mi querido Oliver, en casa de mis padres para llevarme a la playa.

Y no solo para pasar esos meses, ni mucho menos, me instalaba allí de manera definitiva.

—Felicidades, mi vida —dijo en cuanto entré por la puerta, cogiéndome en brazos.

—Gracias, amor —lo abracé y me eché a llorar.

Él me dijo que no pasaba nada, que me tranquilizara, pero es que no podía creerme que, después de esos dos años en los que habíamos estado yendo y viniendo de la playa para poder estar juntos, ahora, por fin, no tendríamos que volver a separarnos los fines de semana, ni al acabar las vacaciones de verano o Navidad.

Me cogió ambas mejillas con las manos, secó mis lágrimas y me besó de nuevo.

—Ya está, preciosa, ya eres mía para siempre.

—Ya lo era, tonto —reí.

Me pegó a su pecho y vi a mi madre llorando, emocionada, en los brazos de mi padre.

Mi padre... ese hombre que al principio se negó a ver la realidad y, con el tiempo, entendió que mi destino y mi vida estaban al lado de Oliver.

—Amy, podré ir a pasar unos días con vosotros cuando te eche de menos, ¿verdad? —preguntó mi hermana, abrazándome por la cintura.

—Claro que sí, pequeñaja —dijo Oliver, cogiéndola en brazos—. Y, para empezar, este mes te vienes con nosotros, te voy a seguir enseñando a surfear. Vas a ser mejor que tu hermana y que yo, ya verás.

—¡Hala! Mejor que tú, es imposible. Tú eres un profesional, Oli.

Así lo llamaba Ruby, y a él le encantaba, al punto de que, si alguien más lo hacía, decía que solo era el Oli de Ruby.

Tenía hechas las maletas y había llenado varias cajas con algunas de mis cosas, el resto lo iríamos llevando a la cabaña, poco a poco, que era pequeña y no era plan de llenarla con mis trastos.

Nos quedamos a comer con mis padres y hablamos de mi futuro, todos sabían que, cuando decidí estudiar turismo, fue para poder recorrer el mundo, pero ahora mi mundo eran Oliver y esa playa.

—He pensado crear una página web de viajes, y una agencia —comenté durante la comida.

—Me parece una buena idea, hija —dijo mi padre, con la mejor de sus sonrisas.

—Es perfecto, cariño, podrás trabajar desde casa.

—Sí, y, además, puedo poner enlaces a la web de Oliver, de modo que así podríamos tener más clientes para los cursos de surf. Bueno, eso es solo una idea —lo miré a él y, con una sonrisa, me pasó el brazo por los hombros y me besó.

—Pues es una magnífica idea, mi vida.

Cargamos todo en el coche de Oliver, incluida la maleta de Ruby, que mi madre le había preparado mientras tomábamos café, recogimos a Zara y fuimos para la playa.

La verdad es que estaba muy orgullosa de mí misma, de lo que había logrado en esos años y de las estupendas notas que había sacado en esos últimos cursos de carrera.

Fue llegar a la playa y sentir que se me recargaba la energía, como si de una pila me tratara, y es que ese rincón era eso, un remanso de paz y tranquilidad que daba una vida alucinante a quien estuviera por allí.

—¡Chicos, ya habéis llegado! —nos saludó Jane, al vernos entrar en el bar, donde estaba con Eric y James.

—Sí, ya están aquí los refuerzos —contesté abrazándola— ¿Cómo está la mamá más guapa de Australia? —Le froté la barriga.

—Deseando que nazcan, tengo los tobillos como dos melones de gordos.

—No seas exagerada, preciosa —Eric la abrazó desde atrás y le besó la mejilla.

—Estoy enorme, así no me puedo subir en una tabla de surf. Eso sería como ver a una foca intentando hacerlo.

—Jane, estás preciosa —dijo Zara, frotándole el brazo—. Y cuando veas a tus gemelos, te vas a enamorar de ellos.

Exacto, según las predicciones de la bruja Jane, aquella noche de verano, ella fue la primera en quedarse embarazada, estaba ya de ocho meses y, efectivamente, esperaba dos niños, gemelos, como lo fueran su padre y su tío.

En cuanto supo que así era, nos miró a los cuatro y dijo que todo se empezaba a hacer realidad desde ese preciso instante. Así que, no quedaba otra que hacerle caso.

Zara, ya hasta estaba pensando en montarle un consultorio como la vidente Jane, decía que nos podríamos sacar un buen dinerillo.

El primer mes pasó rápido, Ruby regresó a casa con nuestros padres y se fueron a hacer un viaje por España, mi madre siempre quiso conocer el país así que aquella era su oportunidad de llevarlo a cabo.

Yo ya tenía la página web casi terminada, había contratado una empresa que se dedicaba a ello para que me la hicieran al gusto, estábamos en permanente contacto y me iban mostrando los avances, además, la agencia de viajes online también era casi un hecho.

Tenía casi todo a punto, había hablado con diversas compañías aéreas, de cruceros, incluso de tren y alquiler de vehículos, además de hoteles y restaurantes y contaba con un buen número de ellas para empezar a poner ofertas de viajes a los destinos más elegidos por los turistas, sí, me había hecho todo un estudio de mercado para ello.

Incluso a Oliver, se le ocurrió que, para los veinte primeros clientes que hicieran la reserva con mi agencia, les obsequiaríamos con un curso de surf intensivo de fin de semana para dos personas.

Había preparado un montón de packs de viajes y añadido esa oferta, poniendo que era solo para las veinte primeras reservas, así que, en cuanto mi web estuviera en marcha, me pondría manos a la obra.

¿Podía pedirle más a la vida? Tenía cuando había deseado y mucho más, porque no entraba en mis planes que, aquel curso de surf al que iba durante dos meses, me hiciera conocer al hombre con el que acabaría compartiendo mi vida.

Sí, eso era más, mucho más de lo que una vez soñé cuando quise estudiar turismo, o cuando decidí que quería aprender a hacer surf en la escuela del mejor surfista. Mi surfista, mi Oliver.

Capítulo 27



Un año después...

Hacía un año que Oliver y yo vivíamos juntos en aquel paradisíaco lugar en el que nos conocimos.

No había día que no contempláramos el amanecer, o el atardecer, como solíamos hacer cuando nos conocimos.

Eso, junto con los momentos en los que el amor y la pasión tomaban las riendas de nuestra relación, eran los que a mí me encantaban.

Los cursos de surf le iban genial, la tienda también y ni qué decir de su propia firma de ropa, había crecido todo en este último año, desde que era el enlace fijo en mi página web de viajes y de mi agencia.

Además, incluso su firma de ropa patrocinaba mi página web, con lo que el beneficio quedaba en casa.

Mi trabajo, la página y la agencia, iban viento en popa, tenía muchísimas reservas y, en ocasiones, los clientes quedaban tan satisfechos, que hasta repetían viaje al mismo destino.

Tenía una clientela fija que no me fallaban nunca, además, habíamos sacado un pack de vacaciones junto con los cursos de una semana y esos se vendían todo el año. Aprender a surfear igual muchos no aprendían, pero se pasaban una semana de sol y playa en esas cabañas, que era una maravilla. También habíamos abierto un poco las posibilidades y esos cursos también podían hacerse en pareja, ya que, en las cabañas, aunque pequeñas y coquetas, teníamos capacidad para dos personas.

Mis abuelos habían venido algún que otro fin de semana a vernos, y se traían a Ruby, que dormía con nosotros, ella estaba encantada con los gemelos de Jane, a quienes les habían llamado Oliver y James, en honor a sus padrinos. Sí, en cuanto nacieron los pequeños, y como ella no tenía familia, nos pidió a nosotros cuatro que ejerciéramos de padrinos de sus hijos, y ni lo pensamos, la verdad, nos hacía mucha ilusión a todos, ya que esos dos pequeños surferos eran los primeros en llegar a nuestra familia playera.

Ruby, mi pequeña Ruby... Se había convertido en toda una maestra del surf, dominaba la tabla como si hubiera nacido con una en los pies, vamos que se le daba muchísimo mejor que a mí. Pero claro, había aprendido con los mejores, que eran Oliver, Eric y James.

La verdad es que no podíamos quejarnos, vivíamos bien, éramos felices y teníamos a la familia cerca, y es que mis padres y los de Zara, ejercían de padres del resto también, igual que Max, que siempre que podía disfrutaba de un fin de semana en una de las cabañas, solo para estar con su hijo y conmigo, ya que a él el surf se le había resistido siempre.

—Mi vida, mañana vienen tus padres a pasar el día, acuérdate —dijo Oliver, mientras preparaba el desayuno y yo gestionaba una reserva.

—Lo sé, lo sé, por el cumpleaños de Ruby. ¡Mierda! No tengo regalo, madre mía... se me había olvidado por completo —me llevé la mano a la frente.

—Tranquila, que ya lo tengo yo —me hizo un guiño.

—¿Qué le has comprado?

—Una tabla de surf, con su nombre y las flores hawaianas, igual que la tuya.

—Ay, amor... si es que eres un sol.

Me puse en pie cuando lo vi venir hacia mí y me lo comí a besos.

—¿Qué haría sin ti?

—Pues olvidarte de comprarle el regalo de cumpleaños a tu hermana, por ejemplo.

Me eché a reír.

Aquella tarde la pasamos organizando todo para el cumpleaños de mi hermana. Zara y Jane, me miraban con esas caras de quienes saben algo, pero no pueden decir nada, y yo me estaba mosqueando.

Algo escondían esas dos y me daba que tenía que ver con los regalos de mi hermana.

Les pregunté, pero las muy liantas no soltaban prenda.

Esa noche me acosté comiéndome la cabeza en pensar qué podría ser lo que estarían tramando ese par de locas.

—¡Amy! —gritó mi hermana la mañana siguiente, cuando llegó con mis padres y abuelos.

—Pero, ¡qué mayor te haces, enana! Estás creciendo muy deprisa — me quejé.

—Pero sigo siendo tu niña, así que, tranquila —me hizo un guiño, y me la comí a besos.

Saludé a mi familia, fuimos al bar y ahí siguieron los besos y abrazos, no faltaron las carantoñas a los gemelos de Jane y Eric, que eran los muñecos de toda la familia.

Le habíamos preparado a mi hermana su pastel favorito para que soplara las velas, así que en cuanto acabamos de comer esa barbacoa que habían preparado los chicos, las sopló y le entregamos los regalos.

—Ahora que estamos todos —dijo Oliver, poniéndose en pie—, quería aprovechar la ocasión para hacer algo. Sé que hoy es el día de mi Ruby, y si no me hubiese dado su permiso, no lo haría.

—Oli, sabes que te quiero como si fueras mi hermano mayor y yo te doy permiso para lo que quieras, pero para eso, más todavía, porque sé que les va a gustar a todos —dijo la muy pillina, con esa sonrisilla que yo conocía bien.

—¿Qué vas a hacer, Oliver? —pregunté.

—Ahora lo verás, mi vida —me besó la frente y fue hacia la cocina, cuando regresó, se puso con una rodilla en el suelo delante de mí.

—Ay, Dios, ¡Oliver! —Me tapé la boca con ambas manos, mientras escuchaba a mi madre y mi abuela decir un “oh” seguido de algunos sollozos.

—Amy, desde que te vi el primer día, super que eras diferente a las demás mujeres, había una gran diferencia de edad y me daba temor, además, era tu profesor y no estaba bien lo que mi mente pensaba, pero no podía quitarte de mi cabeza, tus ojos se me habían grabado a fuego en el alma. Fue todo muy rápido, pasamos por un momento duro, pero lo superamos, estuvimos separados mucho tiempo, quería que te centraras en los estudios y no ser un estorbo para que pudieras lograr tu objetivo. Ahora que lo has logrado, con creces, y que ambos tenemos claro que somos el uno del otro, quiero hacerlo oficial. Así que, dime, mi vida... ¿Aceptas casarte con este madurito que casi te dobla la edad?

Aquello rompió el silencio que se había formado a nuestro alrededor, haciendo que resonaran las carcajadas de nuestros familiares y amigos.

Miré a mis padres, no necesitaba su consentimiento ni mucho menos, pero en el fondo quería estar segura de que realmente aceptaban a Oliver.

Mi padre asintió con lágrimas en los ojos y eso, fue suficiente para mí.

—Claro que acepto, mi amor, ahora y siempre.

Epílogo



Cinco años después...

La vida en la playa nos había ido de maravilla, los cursos de surf seguían sin faltar y las reservas en mi agencia de viajes, habían subido como la espuma, ya que era considerada una de las mejores de toda Australia.

Al mes de que Oliver me pidiera que me casara con él, compró una casa de madera más grande y la instaló en la playa, dónde nos mudamos a vivir en cuanto la tuvimos lista, de modo que la cabaña anterior se quedaba como un alojamiento exclusivo para familias que vinieran a los cursos, ya que nos las ingeniamos para poner una segunda habitación.

En la cabaña en la que vivían Eric y James con las chicas, se quedaron James y Zara, mientras que Eric, compró una igual para instalarse con Jane y los gemelos.

Qué decir de Jane, esa bruja vidente había acertado en otras dos de sus predicciones, y es que, tanto Zara como yo, fuimos las orgullosas mamás de dos preciosas niñas, con apenas un mes de diferencia.

Vamos, que parecía que nuestros surferos se habían puesto de acuerdo para que nos quedáramos embarazadas.

La hija de Zara se llamaba Cloe, y a mi pequeña le puse Leilani, un nombre hawaiano que significa “Niña celestial”.

Cuatro años tenía mi pequeña surfera, y es que llevaba el surf en la sangre, igual que su padre.

Era la niña de nuestros ojos, sin lugar a dudas y apenas le quedaba un día para empezar el cole,

que estaba a diez kilómetros de la playa.

—Mami, la tía Jane, te ha llamado al móvil mientras estabas en la ducha —me dijo, cuando entré en el salón.

—Gracias, tesoro.

Jane, se había quedado al cargo de la tienda cuando el chico que la llevaba dejó Australia para irse a Londres por amor.

Y es que, cuando Cupido llegó a esta parte de la playa, lo hizo pisando fuerte en todas y cada una de las ocasiones.

No había más que vernos a nosotros, tres matrimonios de lo más felices, afincados en unas preciosas casas en ese paradisíaco lugar.

Hablé con Jane y me dijo que se había retrasado un pedido de productos que Oliver, había hecho una semana antes, estaba de los nervios, pero le dije que no se preocupara porque el jefe lo solucionaba.

Oliver, había salido a unas gestiones del ayuntamiento, así que le puse un mensaje para que me llamara cuando acabara.

Mis padres llegaron en ese momento con Ruby, mi niña no tan niña que ya era una adolescente.

—¡Tía Ruby! —Mi pequeña adoraba a mi hermana y la tenía como referente, como ella me tuvo una vez a mí,

—¡Mi niña guapa! Mañana empiezas el cole, ¿estás nerviosa?

—Un poquito, tía. Ven, ¿quieres ver mi mochila? Es de flores hawaianas —dijo, de lo más feliz.

—Claro, vamos.

—Leilani, dales un beso a los abuelos, hija.

—¡Es verdad! —gritó, llevándose la mano a la frente, lo que hizo a mis padres soltar una carcajada.

Mi niña se los comió a besos, como siempre, pero en cuanto la dejaron de nuevo en el suelo, se fue de la mano de su tía a enseñarle la mochila que tenía en su habitación.

—¿Qué tal, cariño? ¿Cómo llevas que a partir de mañana tu pequeña no esté contigo en casa? —preguntó mi madre.

—Pues un poquito mal, mamá, no te voy a mentir. Se me va a hacer raro no tenerla por aquí.

—Bueno, solo serán unas horas, así que, tranquila, hija —mi padre me abrazó y besó mi frente.

Les puse un picoteo antes de comer, que para eso habían venido, y poco después llegó Oliver a casa, había visto mi mensaje, pero no me había llamado porque tenía algunas llamadas de Jane y habló con ella, se encargó de llamar al proveedor y le aseguraron que el un par de días teníamos el pedido, además de algunas cosas extra.

Leilani y Ruby, vinieron al salón y nos sentamos a comer, mi hija estaba emocionada porque al día siguiente empezaba en el cole, decía que ya era mayor y nos sacaba la risa a todos, pero la verdad es que había crecido demasiado deprisa.

A mí me parecía que había sido apenas unos meses antes cuando nació después de varias horas dilatando y sufriendo esos dolores que, como mi madre me decía, en cuanto le viera la carita a mi niña se me pasarían enseguida.

Y cuánta razón llevaba, pues nada más tener a mi pequeña surfera en brazos, se me pasaron todos los males.

Oliver lloró como un niño pequeño al verla, la cogió en brazos y le besó la cabecita con una ternura, que se me caían las lágrimas.

Desde ese momento, no había pasado un solo día que no se desviviera por ella, si la niña lloraba

por las noches, él se levantaba para calmarla, dejándome a mí descansar, y es que decía que mientras él trabajaba en los cursos, era yo quien me encargaba de ella y de la casa.

Nuestro amor había ido creciendo con el tiempo, se había fortalecido al máximo, y nunca me dio un motivo para volver a dudar de lo que sentía por mí.

Lo de aquella pelirroja que solo me trajo días tristes y de dolor, quedó en el pasado, en unos inicios en los que, por mi inexperiencia y un poquito de inseguridad, hicieron que me viera superada por aquello.

Pero Oliver, se encargó de hacerme ver, con tiempo, amor y paciencia, que su único propósito en esta vida era amarme.

No fui su primera chica, ni la primera con la que se acostó, ni mucho menos, pero fui la que llegó a su vida para mostrarle que no debía temer al amor, que enamorarse no era tan malo como él creía.

Todo el mundo en las relaciones pasa por malos momentos, pero los buenos hacen que esos queden superados rápidamente.

Oliver temía querer a alguien por el miedo que le daba perder a esa persona, pero yo no tenía intención de marcharme hasta que no me llegara la hora.

Me iba a encargar de entregarle ese amor que siempre quiso, sin ser consciente de ello, y de hacerlo feliz cada minuto del día que estuviera conmigo.

Como dije, Cupido llegó a ese rincón de playa donde hizo su trabajo de la mejor manera, y es que, cuando el angelito dispara una de sus flechas, nadie está a salvo de ser alcanzado.

Así que, si notas un leve pinchacito en el estómago al mirar a los ojos de otra persona, no te preocupes, eso es cosa del pequeño querubín que hace su trabajo.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: [@sarah_rusell_autora](#)

Página de autora: relinks.me/SarahRusell